

Wisława Szymborska

Número equivocado
y otros poemas



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN



Mostrario de
Poesía 39





Número equivocado y otros poemas

Wislawa Szymborska, Polonia

Edición digital gratuita de

Muestrario de Poesía 39

Editor: Aquiles Julián, República Dominicana.

Primera edición: Marzo 2009
Santo Domingo, República Dominicana

¿Qué somos?

Muestrario de Poesía es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra poética de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Es una iniciativa sin fines de lucro para servir, aportar, añadir valor y propiciar una cultura de diálogo, de tolerancia, de respeto, de contribución, que promueva valores sanos, constructivos, edificantes, en favor de la paz y la preservación de la vida acorde con los principios cristianos. Los libros digitales son gratuitos, promueven al autor y su obra, así como el amor por la lectura, y se envían como contribución a la educación, edificación y superación de las personas que los solicitan sin costo alguno.

Este e-libro es cortesía de:



Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164

Se autoriza la libre reproducción y distribución del presente libro, siempre y cuando se haga gratuitamente y sin modificación de su contenido y autor.

Si se solicita, se enviarán copias en formato PDF vía email. Para pedirlos, enviar e-mail a intercoach.dr@gmail.com, aquiles.julian@gmail.com



**BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN**



Contenido

Una obra intimista alejada del narcisismo / Karl Dedecius	6
Clochard	8
La mujer de Lot	9
Gente en el puente	10
Gratitud	11
Alabanza a los sueños	12
Descubrimiento	12
Reseña de un poema no escrito	13
Discurso en la oficina de objetos perdidos	14
Las cuatro de la madrugada	14
La atlántida	15
El acróbata	16
La lección	16
El mono	17
Estoy demasiado cerca	18
Amor a primera vista	18
La primera fotografía de Hitler	19
Estatua griega	20
Retrato de mujer	21
Cierta gente	21
Prueba	22
Noticias del hospital	23
Alabanza a mi hermana	23
El esqueleto de un dinosaurio	24
Un poema de la película "Red"	25
Un terrorista: él observa	26
Salmo	27
Bajo una misma estrellita	28
Asombro	28
Del montón	29
Cálculo elegíaco	30
Perspectiva	31
Falta de atención	32

No requiere título	33
Las tres palabras más extrañas	34
El número Pi	34
A algunos les gusta la poesía	35
Cayendo del cielo	36
Nada dos veces	36
Las mujeres de Rubens	37
Lectura	38
Epitafio	39
La cebolla	39
La alegría de escribir	40
Vietnam	41
Parábola	41
Mañana – sin nosotros	42
El viejo catedrático	43
Posibilidades	45
Encuentro inesperado	46
Acaso	47
El álbum	47
¡Qué monada!	48
Impresiones teatrales	49
La realidad exige	50
Autonomía	50
Un gato en un piso vacío	51
A mi corazón el domingo	52
Descubrimiento	53
Despedida de un paisaje	54
Día 16 de mayo de 1973	55
Entierro II	56
Fin y principio	57
Fotografía de la muchedumbre	58
Las cartas de los difuntos	59
Monólogo para Casandra	60
Movimiento	61
Opinión sobre la pornografía	61
De una expedición no realizada a los Himalayas	62
Prospecto	62
Los dos monos de Bruegel	63
Elogio de la mala conciencia de uno mismo	63
En el parque	64
Número equivocado	64
Bajo una estrella	65
Utopía	65
Miedo escénico	66

Una entrevista con Wislawa Szymborska / Félix Romeo	68
Discurso de la recepción del premio Nobel en 1996	71
Poesías no completas, de Wislawa Szymborska / Tedi López	75
Biografía de Wislawa Szymborska	78





Una obra intimista alejada del narcisismo

Por **Karl Dedecius**

Los poemas de Szymborska, de auténtica intuición, están inspirados en una sensibilidad que nunca es trivial ni falsa, respaldadas ambas por un carácter que infunde confianza. Existen varias vías de acceso al conocimiento. Una de ellas es el *esprit* que nos mueve a la seriedad de forma amable; que, por decirlo en pocas palabras, nos abre la ventana a la verdad. En la literatura, esta vía de acceso se

ha ido haciendo angosta y rara: preferimos entretenernos mediante el sensacionalismo y la patología, mediante la muerte y el asesinato.

Goethe juzgó severamente la "poesía de lazareto", por utilizar su expresión: "Todos los poetas escriben como si estuvieran enfermos y el mundo entero fuera un lazareto" (*Conversaciones con Eckermann*, 24 de septiembre de 1827). Lo de "todos" era sin duda una exageración, pero está claro que hoy hay más enfermedades y más lazaretos que en la época de Goethe. Y si existen lazaretos y enfermedades, la necesidad de médicos y enfermeras es acuciante. La lírica de Szymborska, de hecho, obra como una medicina si es dosificada de la forma adecuada y administrada con lentitud. Destila el encanto, por utilizar otra imagen, de una isla, a la vez familiar y exótica, situada en medio de un oscuro paisaje marítimo sin cielo ni horizonte. En esa isla no siempre rugen tenebrosas las tormentas, no siempre se nos atrae con dudosas honduras, no hay una oscilación incesante. Su isla parece enigmática desde lejos, pero es concreta y bienhechora si se contempla y experimenta desde cerca. Esta isla imaginaria, rica en fauna y flora, no padece contaminación material, lingüística o atmosférica. Es un biotopo espiritual que no nos enferma.

Szymborska nos sitúa ante un espejo claro, no ante un espejo deformante, como por desgracia se ha puesto demasiado de moda. No manifiesta ninguna superioridad cínica (lo que equivale a indiferencia), sino que, con una sonrisa, toma nota de las exigencias desmedidas y de las ridiculeces, tanto de las propias como de las ajenas. También la fragilidad es humana, lo que no debe dar motivo a desesperarse, sino a una constatación autocrítica y a una firme resistencia.

El carácter único de hombres, ideas y obras se refleja en lo incomparable del arte. ¿Puede compararse Durero con Rembrandt, Rembrandt con Picasso? ¿Puede compararse Mozart con Lutoslawski? No es posible. Tampoco se puede comparar Goethe con Rilke o Brecht o Celan. Sólo lo inconmensurable es arte de primera mano. Lo originario y lo original es único. El carácter único de la poesía de Wislawa Szymborska se manifiesta en la exactitud de su lenguaje y de su moderno registro de notas, que abarca muchas octavas nuevas.

Su organización de los elementos simbólicos, léxicos y gramaticales es supremamente artística. Szymborska no precisa contar sílabas para que suenen escondidas: fluyen de forma rítmica, natural, incluso cuando no- están medidas. No se ve forzada a recurrir a la rima para componer simbólica o acústicamente las líneas de sus poemas: su poesía tiene forma sin corsé. es eficaz sin servirse de andamiaje literario.

Por supuesto, Szymborska puede lograr rimas, rimas impresionantes, como ha demostrado varias veces. Sin embargo, deliberadamente utiliza este recurso raras veces: sólo cuando lo requieren el tema y la forma del poema.

Cuando Szymborska recurre a la rima, ésta se presenta fresca, rica en hallazgos, no forzada. Sus rimas aparecen de forma inopinada, como traídas desde lejos, casuales, no llamativas, pero se imponen de inmediato.

Consideremos la riqueza de los temas de Szymborska, el cuerno de la abundancia de su fantasía: expediciones al Himalaya; una advertencia al hombre de las nieves, el yeti, de que no descienda a las confortables mezquindades de los habitantes de la llanura; partes de las guerras de Vietnam y Corea; una pesca filosófica en el río de Heráclito. insólitas visitas a los museos; estudios sociológicos sobre la actualidad más reciente; relatos y narraciones cortas sutilmente cincelados que no requieren más de media página, con principio y final, una acción plausible, un punto álgido e incluso una moraleja.

En su apretada obra lírica encontramos elementos arqueológicos, cosmológicos, biológicos, lógicos en cualquier caso. Estudios espirituales y científicos, casi químicos, de conceptos tan evanescentes como el de "amor". Recensiones de libros no escritos. Lecturas bíblicas, con Job y la mujer de Lot como figuras predilectas.

Los poemas paisajísticos de Szymborska están muy lejos del egocéntrico recogimiento habitual. La autora percibe el cine, el teatro, la música y la literatura de forma muy distinta a como estamos acostumbrados a verlos y escucharlos con ayuda de los expertos.

Su estudio de la Antigüedad y del presente, comprimido en una docena de breves frases, aspira a reforzar nuestro escepticismo sin quitarnos la alegría de vivir. Qué perspectivas nuevas e insólitas nos abren sus visiones de la naturaleza o del arte: aquí una miniatura medieval, allá un dibujo chino o un cuadro de Rubens.

Podríamos citar y recitar todos los poemas de Szymborska, y no podríamos llegar a otra conclusión: carece absolutamente de cualquier provincianismo estrecho, de mezquindad narcisista, de vacuidades políticas: su poesía es política en alto grado, pero en un sentido general y pragmático, llena de preocupación por el Estado y la ciudad, por lo público, el sentido cívico y la responsabilidad por el ciudadano en el hombre y por el hombre en el ciudadano. También en este aspecto es única su poesía.

Karl Dedecius es traductor de la obra de Wislawa Szymborska al alemán.

Clochard

En París, en un día matinal hasta el ocaso,
en París como
en París que
(¡oh, santa ingenuidad de lo descrito,
ayúdame!)
en un jardín junto a una catedral de piedra
(no construida, no,
tocada en un laúd)
en pose de sarcófago se ha quedado
dormido
un clochard, un monje secular, un
renegado.

Si es que tenía algo, lo perdió,
y no quiere recuperar lo perdido.
Le deben todavía el salario por la
conquista de las Galias,
ya no le importa, se ha resignado.
Y en el siglo quince tampoco le pagaron
por posar como ladrón de la izquierda,
lo ha olvidado, ha dejado de esperar.

Gana para vino tinto
pelando a los perros del rumbo.

Duerme con cara de inventor de sueños
con el enjambre imaginario de su barba
al sol.

Las grises quimeras se despetrifican
(volátidos, bajogueros, monógalos y
palomíferos,
hongorranas, derrepentes, cabezapiernas
y multiespecímenes, *allegro vivace*
gótico)
y lo ven con una curiosidad
que no sienten por ninguno de nosotros,
sensato Pedro,
activo Miguel,
ingeniosa Eva,
Bárbara, Clara.

La mujer de Lot

Dicen que miró hacia atrás por curiosidad.
Pero yo podría haber tenido otras razones aparte de la curiosidad.
Miré hacia atrás por pena de una fuente de plata.
Por distracción mientras me ataba el cordón de mi sandalia.
Para evitar seguir mirando el justo cuello
de Lot, mi esposo.
Por una repentina certidumbre de que si yo hubiera muerto
él ni siquiera habría atenuado su marcha.
Por la desobediencia de los humildes.
Alerta a la persecución.
Repentinamente serena, esperanzada de que Dios hubiera cambiado de parecer.
Nuestras dos hijas ya estaban casi en la cima de la colina.
Sentí la ancianidad dentro de mí. Lejanía.
La futilidad de nuestro vagar. Somnolencia.
Miré hacia atrás mientras dejaba mi atado en el suelo.
Miré hacia atrás por miedo de dónde poner a continuación mi pie.
En mi camino aparecieron serpientes,
arañas, ratas de campo y buitres jóvenes.
Entonces no había justos ni malvados -simplemente todas las criaturas vivientes
reptaban y saltaban en medio de un pánico común.
Miré hacia atrás por soledad.
Por vergüenza de que estaba huyendo.
Por un deseo de gritar, de volver.
Justo cuando una súbita ráfaga de viento
me deshizo el peinado y me levantó mis vestidos.
Tuve la impresión de que lo estaban viendo todo desde las murallas de Sodoma
y estallaban en risas sonoras de vez en cuando.
Miré hacia atrás por rabia
para gozar de su gran ruina
miré hacia atrás por todas las razones que he mencionado.
Miré hacia atrás a pesar de mí misma.
Fue sólo una roca que se desprendió, resonando bajo los pies.
Una repentina grieta que cortó mi camino.
Al borde un hámster correteó parado en sus patas traseras.
Fue entonces que miramos los dos hacia atrás.
No, no. Yo seguí corriendo,
repté y gateé hacia arriba,
hasta que la oscuridad me aplastó desde el cielo,
y con ella, grava ardiente y pájaros muertos.
Por falta de aliento me balanceaba repetidamente.
Si alguien me hubiera visto podría haber pensado que estaba bailando.
No se descarta que mis ojos hayan estado abiertos.
Podría ser que siento mi cara vuelta hacia la ciudad.

Gente en el puente

Extraño este planeta y extraña en él la gente.
Acatan el tiempo, pero no lo reconocen.
Tienen maneras de expresar su desacuerdo.
Producen, por ejemplo, escenas como ésta:

Nada especial en un primer momento.
Se ve agua.
Se ve una orilla del agua.
Se ve contra corriente avanzar una barca.
Se ve un puente sobre el agua y se ve en él a la gente.
Se ve muy bien cómo la gente apura el paso,
pues, en ese instante, desde una nube negra
comienza a azotar la lluvia.

La cosa es que después no pasa nada.
La nube no cambia ni de color ni de forma.
La lluvia ni es más intensa ni cede.
La barca navega sin moverse.
La gente en el puente corre
exactamente ahí donde corría.

Difícil no hacer un comentario:
Esta no es para nada una imagen inocente.
Aquí fue detenido el tiempo.
Dejaron de considerarse sus leyes.
Se le privó de influencia en la evolución de los hechos.
Fui desdeñado y ofendido.

Por culpa de un rebelde,
un tal Hiroshige Utagawa
(ser que, por lo demás,
hace mucho y como corresponde ha transcurrido),
el tiempo tropezó y cayó de bruces.

Tal vez se trate de una broma sin mayor significado,
una travesura a escala de apenas un par de galaxias,
por si acaso, sin embargo,
agreguemos lo que sigue:

Es aquí de buen tono
apreciar mucho esta escena,
maravillarse con ella y conmoverse por generaciones

Hay algunos a quienes ni siquiera esto les basta.
Oyen incluso el rumor de la lluvia,
sienten el frío de las gotas en la nuca y en la espalda,
miran el puente y a la gente
como si se vieran a sí mismos

en esa misma carrera interminable,
en ese camino sin fin por recorrer eternamente,
y creen, en su osadía,
que así es en realidad.

Gratitud

Debo mucho
a aquellos que no amo.
El alivio con que acepto
que son queridos por algún otro.
La dicha de que no soy yo
un lobo para sus ovejas.
Paz para mí hacia ellos,
y libertad de ellos hacia mí,
y eso es algo que el amor no puede dar
ni procura arrebatarse.
No los espero
de ventana a puerta.
Paciente
casi como un reloj de sol,
comprendo
lo que el amor no comprende,
perdono
lo que el amor nunca perdonaría.
De encuentro a carta
no pasa una eternidad
sino simplemente unos días o semanas.
Los viajes con ellos son siempre un éxito,
conciertos escuchados,
catedrales visitadas,
paisajes muy bien enfocados.
Y cuando nos separamos
por siete montañas y ríos,
ellos son montañas y ríos
bien conocidos en el mapa.
Es gracias a ellos
que vivo en tres dimensiones,
en un espacio no lírico y no retórico,
con un horizonte real porque es movable.
Ellos mismos no saben
cuánto traen con las manos vacías.
"No les debo nada ",
me gusta decir
a esta pregunta abierta.

Alabanza a los sueños

En mis sueños
pinto como Vermeer van Delft.
Hablo fluidamente griego
y no sólo con los vivos.
Conduzco un auto
que me obedece.
Tengo talento,
escribo poemas largos, grandiosos.
Escucho voces
no menos que los grandes santos.
Se sorprenderían
de mi virtuosismo en el piano.
Floto en el aire como se debe,
es decir, por mí misma.
Si caigo del techo
puedo aterrizar suavemente en el verde césped.
No me es difícil
respirar bajo el agua.
No me puedo quejar:
he logrado descubrir la Atlántida.
Me complace que justo antes de morir
siempre me las arreglo para despertar.
Inmediatamente tras el estallido de la guerra
me vuelvo a mi lado favorito.
Soy, mas no necesito ser,
hija de mi tiempo.
Hace unos pocos años
vi dos soles.
Y antes de ayer un pingüino,
con toda claridad.

Descubrimiento

Creo en el gran descubrimiento.
Creo en el hombre que hará el descubrimiento.
Creo en el terror del hombre que hará el descubrimiento.
Creo en la palidez de su rostro,
la náusea, el sudor frío en su labio.
Creo en la quema de las notas,
quema hasta las cenizas,
quema hasta la última.
Creo en la dispersión de los números,
su dispersión sin remordimiento.
Creo en la rapidez del hombre,

la precisión de sus movimientos,
 su libre albedrío irreprimido.
 Creo en la destrucción de las tablillas,
 el vertido de los líquidos,
 la extinción del rayo.
 Afirmo que todo funcionará
 y que no será demasiado tarde,
 y que las cosas se develarán en ausencia de testigos.
 Nadie lo averiguará, no me cabe duda,
 ni esposa ni muralla,
 ni siquiera un pájaro, porque bien puede cantar.
 Creo en la mano detenida,
 creo en la carrera arruinada,
 creo en la labor perdida de muchos años.
 Creo en el secreto llevado a la tumba.
 Para mí estas palabras se remontan por encima de las reglas.
 No buscan apoyo en ejemplos de ninguna clase.
 Mi fe es fuerte, ciega y sin ningún fundamento.

Reseña de un poema no escrito

En las primeras palabras del poema la autora establece que la Tierra es pequeña, el cielo, al contrario, es demasiado grande para las palabras, y sobre las estrellas, cito, "hay muchas más de las que se necesitan". En la descripción del cielo se advierte cierta impotencia, la autora se pierde en una pavorosa infinitud, se sobrecoge con los muchos planetas muertos y pronto en su mente (podríamos agregar: inexacta) se comienza a formar una pregunta, ¿acaso a pesar de todo no estamos solos bajo el sol, bajo todos los soles del universo? ¡Contrario a la teoría de las probabilidades! ¡Y a las convicciones universalmente sostenidas actualmente! ¡Frente a la irrefutable evidencia de que ahora cualquier día puede caer en manos humanas! Oh, poesía. Mientras tanto, nuestra visionaria retorna a la Tierra, el planeta que tal vez "gira sin testigos", la única "ciencia ficción que se puede permitir el universo". La desesperación de Pascal (1623-1662, la nota al pie de página es nuestra) parece que para nuestra autora no tiene rival sobre cualquier Andrómeda o Caciopea. La exclusividad magnífica y obliga, así emerge el problema de cómo vivir etcétera, en tanto "el vacío no nos lo resuelva". "Oh, Señor", el hombre clama A Él Mismo, "ten piedad de mí, ilumíname..." La autora está oprimida por la idea de que la vida se derrocha tan fácilmente,

como si hubiera reservas inagotables de ella.
 La idea de las guerras -ella pide discrepar-
 siempre se pierden en ambos lados.
 De la inhumanidad "brutalitaria" (sic!) del hombre con el hombre.
 A través del poema se vislumbra un intento moral.
 Bajo una pluma menos ingenua podría brillar más.
 ¡Pero qué pena ! Esta tesis básicamente tambaleante
 (acaso a pesar de todo no estamos solos
 bajo el sol, bajo todos los soles del universo)
 y su desarrollo en un estilo imperturbable
 (mezclando lo elevado con lo vernacular)
 lleva a la conclusión de ¿quién lo creará de todas maneras?
 Sin duda nadie. ¿No se los dije?

Discurso en la Oficina de Objetos Perdidos

Perdí unas pocas diosas camino del sur al norte,
 también muchos dioses camino de este a oeste.
 Un par de estrellas se apagaron para siempre, ábrete, oh cielo.
 Una isla, otra se me perdió en el mar.
 Ni siquiera sé dónde dejé mis garras,
 quién anda con mi piel, quién habita mi caparazón.
 Mis parientes se extinguieron cuando repté a tierra,
 y sólo algún pequeño hueso dentro de mí celebra el aniversario.
 He saltado fuera de mi piel, desparramado vértebras y piernas,
 dejado mis sentidos muchas, muchas veces.
 Hace tiempo que he guiñado mi tercer ojo a eso,
 chasqueado mis aletas, encogido mis ramas.
 Está perdido, se ha ido, está esparcido a los cuatro vientos.
 Me sorprende de cuán poco queda de mí:
 un ser individual, por el momento del género humano,
 que ayer simplemente perdió un paraguas en un tranvía.

Las cuatro de la madrugada

Hora de la noche al día.
 Hora de un costado al otro.
 Hora para treintañeros.
 Hora acicalada para el canto del gallo.
 Hora en que la tierra niega nuestros nombres.
 Hora en que el viento sopla desde los astros extintos.
 Hora de y-si-tras-de-nosotros-no-quedara-nada.
 Hoar vacía.

Sorda, estéril.
Fondo de todas las horas.
Nadie se siente bien a las cuatro del madrugada.
Si las hormigas se sienten bien a las cuatro de la madrugada,
habrá que felicitarlas. Y que lleguen las cinco,
si es que tenemos que seguir viviendo.

La Atlántida

Existieron o no existieron
En una isla o no en una isla.
El océano o no el océano
los engulló o no.
¿Pudo quién amar a quién?
¿Pudo quién luchar con quién?
Todo sucedió o nada
allí o no allí.
Había siete ciudades.
¿Seguro?
Querían existir eternamente
¿Dónde las pruebas?
No inventaron la pólvora, no.
Inventaron la pólvora, sí.
Supuestos, dudosos.
No recordados.
No extraídos del aire,
del fuego, del agua, de la tierra.
No contenidos en una piedra
ni en una gota de lluvia.
No pudiendo en serio
posar como advertencia.
Cayó un meteoro.
No fue un meteoro.
Un volcán entró en erupción.
No fue un volcán.
Alguien gritó algo.
Nadie nada.
En esta más menos Atlántida.

El acróbata

De trapecio en
 en trapecio, en silencio tras
 tras el redoble de pronto enmudecido, a través
 a través del aire sorprendido, más veloz que
 que el peso de su cuerpo, que otra vez
 otra vez no llegó a tiempo de caer.
 Solo. O aún menos que solo,
 menos, pues inútil, pues fáltanle
 fáltanle las alas, fáltanle mucho,
 una falta que le obliga
 a avergonzados revoloteos con una atención
 implume, ya sólo desnuda.
 Denodadamente ligero,
 con paciente agilidad,
 con calculada inspiración ¿Ves
 cómo se agazapa para el vuelo, sabes
 cómo conspira de pies a cabeza
 contra quien él es: sabes, ves
 cuán arteramente se enhebra en su antigua figura y,
 para asir en su puño el mundo mecido,
 extiende los brazos recién nacidos de sí?
 más hermoso sobre todo en este preciso,
 preciso, por lo demás ya pasado, instante.

La lección

Quién que (*) el rey Alejandro con quién, con qué con una espada
 corta de un tajo a quién, qué el nudo gordiano.
 Esto no se le había ocurrido antes a quién, a qué nadie.
 Había cien filósofos
 -ninguno lo había desenredado.
 No es extraño que ahora se escondan por los rincones.
 La soldadesca los agarra por esas barbas
 de chivo, histéricas, canosas
 y estalla un estruendoso quién, qué risa.

Basta
 Lanzó el rey una mirada desde debajo de su penacho,
 monta en su caballo, se pone en camino.
 Y tras él, en la trompa de las trompetas, en el tambor de los
 tamboriles,
 quién, qué un ejército compuesto de quién,
 de qué de pequeños nudos,

para quién, para qué para el combate

El mono

Expulsado del paraíso antes que el hombre
por tener ojos tan contagiosos
que mirando por el jardín
hasta a los ángeles entristecía
de manera imprevista. Esta es la razón por la que
debió, aunque sin humilde acuerdo,
instalar aquí en la tierra
sus magníficos predios.
Saltarín, prénsil y atento,
mantiene su gracia hasta hoy
proveniente del terciario.
Adorado en el antiguo Egipto, bajo una corona
de pulgas en su magnífica melena sacra,
escuchaba triste y archicallado
lo que de él querían. Ay, inmortalidad.
Y se iba meneando su sonrosado culo
en señal de lo que no se recomienda ni se prohíbe.
En Europa le quitaron el alma,
pero por descuido le dejaron las manos;
y cierto monje pintando un santo
le dio manos angostas, animales.
Tuvo que tomar el santo, pues,
la gracia como una nuez.
Cálido como recién nacido,
tembloroso como anciano,
lo traían en barcos a las cortes reales.
Gemía arrastrando su cadenita de oro
en su frac de marqués de colores de loro.
¡Casandra!, no hay de qué reírse.
Comestible en China, sabemos que ya en la fuente
hace muecas hervidas o asadas.
Irónico como un diamante de engarce falso.
Dicen que tiene un sabor fino
su cerebro, al que algo falta,
pues no inventó la pólvora.
En los cuentos, solitario e inseguro,
llena los espejos de muecas infelices.
Se burla de sí mismo, dándonos buen ejemplo,
al conocernos bien, como un pariente pobre
aunque no nos saludamos.

Estoy demasiado cerca

Estoy demasiado cerca para que él sueñe conmigo.
No vuelo sobre él, de él no huyo
Entre las raíces arbóreas. Estoy demasiado cerca.
No es mi voz el canto del pez en la red.
Ni de mi dedo rueda el anillo.
Estoy demasiado cerca. La gran casa arde
Sin mí gritando socorro. Demasiado cerca
para que taña la campana en mi cabello.
Estoy demasiado cerca para que pueda entrar como un huésped
que abriera las paredes a su paso.
Ya jamás volveré a morir tan levemente,
tan fuera del cuerpo, tan inconsciente,
como antaño en su sueño. Estoy demasiado cerca,
demasiado cerca. Oigo el silbido
y veo la escama reluciente de esta palabra,
petrificada en abrazo. Él duerme,
en este momento, más al alcance de la cajera de un circo
ambulante con un solo león, vista una vez en la vida,
que de mí que estoy a su lado.
Ahora, para ella crece en él el valle
de hojas rojas cerrado por una montaña nevada
en el aire azul. Estoy demasiado cerca,
para caer del cielo. Mi grito
sólo podría despertarle. Pobre,
limitada a mi propia figura,
mas he sido abedul, he sido lagarto,
y salía de tiempos y damascos
mudando los colores de mi piel. Y tenía
el don de desaparecer de sus ojos asombrados,
lo cual es la riqueza de las riquezas. Estoy demasiado cerca,
demasiado cerca para que él sueñe conmigo.
Saco mi brazo que está debajo de su cabeza dormida,
Mi brazo dormido, lleno de agujas imaginarias.
En la punta de cada una de ellas, para su recuento,
Se han sentado ángeles caídos.

Amor a primera vista

Los dos pensaron que
un repentino sentimiento los unía.
Esa seguridad era hermosa
aún más hermosa que la inseguridad.
Ellos pensaban que no se conocían

el uno al otro.
 Nunca había pasado anda entre ellos.
 Estas calles, estos corredores
 "¿Dónde pudieron haberse conocido antes?
 Me gustaría preguntarles si pueden recordarlo.
 "¿Quizás un día en una puerta de vaivén, cara a cara?
 "Un "perdón" en la multitud? "Un número equivocado
 en el teléfono?
 Pero yo sé la respuesta: no ellos no lo recuerdan.
 Que tan sorprendidos estarían
 de que ya, y por un largo tiempo,
 el destino haya estado jugando con ellos_
 Aún no listos para cambiar dentro del destino
 que los acerca, y al mismo tiempo los aleja
 cortando su camino y reprimiendo una visión,
 escapándose aún más_
 Había señales, indicaciones indescifrables,
 "¿qué importa?
 Hace tres años, tal vez,
 o quizás el pasado martes
 esta hoja volando de un hombro a otro.
 Algo perdido y recolectado_
 Quién sabe "¿quizás aún una pelota en
 los arbustos de la niñez?
 Hubo manijas, timbres,
 donde en la huella de una mano
 otra mano era puesta.
 Maletas de viaje
 una al lado de la otra
 en el equipaje abandonado
 y tal vez una noche en un mismo sueño
 olvidado al caminar.
 Pero cada principio es solo una continuación
 y el libro del destino está siempre abierto a la mitad.

La primera fotografía de Hitler

¿Y quién es esta personita en su chiquititito ropón?
 ¡Es el diminuto bebé Adolfo, el niño de los Hitler!
 ¿Cuándo crezca llegará a ser un LL. D.?
 ¿O un tenor en la Casa de Opera de Viena?
 ¿De quién es esta pequeñísima manita, de quién la orejita y ojos
 [y nariz?
 ¿De quién la barriguita rebosante de leche, no lo sabemos,
 la de un impresor, doctor, comerciante, sacerdote?
 ¿Hacia dónde llegarán finalmente esos deditos del pie?
 ¿Al jardín, a la escuela, a una oficina, a una novia,

quizá a la hija del alcalde del pueblo?

Precioso angelito, resplandor de mamita, bomboncito,
mientras nacía hará cosa de un año,
no había signos de muerte en la tierra y en el cielo:
sol primaveral, geranios en las ventanas,
la música del organillero en el patio,
una afortunada fortuna envuelta en papel rosita,
y justo antes del parto el siempre fiel sueño de su madre:
una paloma vista en sueños significa noticias gozosas,
si se aprehende, arribará un ansiado visitante.
Knock, knock..., quién está allí, es el amoroso toquido de Adolfo.

Un chuponcito, pañal, sonaja, babero,
nuestro niño saltarán, gracias a Dios y toco madera, está bien,
se parece a sus padres, como un gatito en una canasta,
como los nenes de cualquier álbum de familia.
Shus..., no empecemos a llorar, azuquitar,
la cámara disparará desde abajo de la capucha negra.

El Klinger Atelier, Grabenstrasse, Braunau,
y Braunau es pequeño pero digno pueblo,
honestos negocios, vecinos amables,
olor a masa de levadura, a jabón gris.
Nadie escucha perros aullantes o las pisadas del destino.
Un maestro de historia afloja el cuello de su camisa
y bosteza sobre las tareas.

Estatua griega

Con la ayuda de la gente y otros elementos
el tiempo ha hecho con ella un buen trabajo.
Primero eliminó la nariz, después los genitales.
Luego los dedos de las manos y los pies,
con el paso de los años los brazos, uno tras otro,
el muslo derecho y el muslo izquierdo,
los hombros, las caderas, la cabeza y las nalgas,
y lo ya caído lo ha hecho pedazos,
escombros, residuos, arena.

Cuando así muere alguien vivo,
brota mucha sangre tras cada golpe.

Las estatuas de mármol, sin embargo, mueren blancamente
y no siempre del todo.

De ésta que hablamos ha quedado el torso

y está como contenido en el esfuerzo de la respiración,
porque ahora debe
atraer
hacia sí
toda la gravedad y la gracia
del resto perdido.

Y eso lo consigue,
eso aún lo consigue,
sigue y deslumbra,
deslumbra y perdura.

El tiempo también merece una mención elogiosa,
porque ha hecho una pausa
y algo dejó para después.

Retrato de mujer

Debe ser a elección.
Cambiar para que no cambie nada.
Es fácil, imposible, difícil, vale un intento.
Sus ojos son, si cabe, una vez azules, otra vez grises,
negros, alegres, sin causa llenos de lágrimas.
Duerme con él como una cualquiera, única en el mundo.
Le parirá cuatro hijos, ningún hijo, uno.
Ingenua, mas la que mejor aconseja.
Débil, mas podrá con el peso.
No tiene cabeza, pues la tendrá.
Lee a Jaspers, y revistas de mujeres.
No sabe el porqué de este tornillo y construirá un puente.
Joven, como siempre joven, todavía joven.
Sostiene en sus manos un gorrión alirroto,
su propio dinero para un viaje largo y ajeno,
un mazo, una compresa y una copa de vodka.
¿A dónde corre? ¿no está cansada?
Que no, un poco, mucho, no pasa nada.
O le quiere o se empeña.
Por lo bueno, por lo malo y por el amor de Dios.

(Creo que se han roto los versos).

Cierta gente

Cierta gente huyendo de otra gente.
En cierto país bajo el sol

y bajo ciertas nubes.

Dejando atrás sus todos respectivos,
campos sembrados, ciertas gallinas, perros,
espejos en los que ahora sólo el fuego se contempla.

Llevan a la espalda hatillos y cántaros
día tras día más pesados, cuanto más vacíos.

El agotamiento de alguien tiene lugar en silencio,
el arrancamiento a alguien de su pan en el tumulto
y el acunamiento del niño muerto de alguien.

Ante ellos un incesante "por aquí no",
no es ése el puente que necesitan
sobre un río extrañamente rosado.
Alrededor unos disparos, a veces más cerca, a veces más lejos,
en lo alto un avión que parece dar vueltas.

Vendría bien alguna invisibilidad,
alguna oscura pedregosidad,
y aún mejor un no-haber-sido
por un tiempo breve o incluso largo.

Alto todavía ocurrirá, pero dónde y qué.
Alguien saldrá a su encuentro, pero cuándo, quién,
desempeñando qué papel y con qué intenciones.
Si tiene elección,
quizás no quiera ser un enemigo
y los deje con cierta vida por delante.

Prueba

Ay canción, de mi te burlas!

pues aunque fuera hacia arriba, no me abriría como rosa,
como rosa florece la rosa y nadie más, lo sabes.

Intenté tener hojas, quise llenarme de arbustos,
conteniendo el aliento, para que fuera más rápido,
esperé el momento de convertirme en rosa.

Canción tú que de mí, no te apiadas,

tengo un cuerpo individual que en nada se transforma,

y soy desechable hasta la médula de los huesos.

Noticias del hospital

Echamos suertes quién debía ir a verlo.
Me tocó a mí. Me levanté de la mesa.
Se acercaban ya las horas de visita al hospital.

No respondió nada a mi saludo.
Quería cogerle de la mano, la apretó
como un perro hambriento que no suelta su hueso.

Parecía como si le diera vergüenza morir.
No sé de qué se habla con alguien como él.
Nuestras miradas se evitaban como en un fotometraje.

No dijo ni quédate, ni vete.
No preguntó por nadie de los de nuestra mesa.
Ni por tí, Juancho, ni por tí, Moncho, ni por tí Pancho.

Empezó a dolerme la cabeza. ¿Quién se le muere a quién?
Exalté la medicina y las tres lilas del vaso.
Hablé del sol y fui apagándome.

Qué bien que haya peldaños para salir corriendo.
Qué bien que haya una puerta para poder abrirla.
Qué bien que me esperáis en esa mesa.

El olor a hospital me provoca náuseas.

Alabanza a mi hermana

Mi hermana no escribe poemas
y es improbable que de pronto comience a escribir poemas.
Le viene de su madre, que no escribía poemas,
y de su padre, que tampoco escribía poemas.
Bajo el techo de mi hermana me siento a salvo:
nada impulsaría al marido de mi hermana a escribir poemas.
Y aunque suene como un poema de Adam Macedonski,
ninguno de mis parientes se ocupa de escribir poemas.
En el escritorio de mi hermana no hay poemas viejos
ni nuevos en su bolso.
Y cuando mi hermana me invita a cenar,

sé que no tiene intenciones de leerme poemas.
Hace magníficas sopas sin esfuerzo,
y su café no se derrama sobre manuscritos.
En muchas familias nadie escribe poemas,
pero cuando lo hacen, rara vez es sólo una persona.
Algunas veces la poesía fluye en cascadas de generaciones
que ocasionan terribles corrientes en las relaciones familiares.
Mi hermana cultiva una prosa hablada decente,
toda su producción literaria está en tarjetas postales veraniegas
que prometen la misma cosa cada año:
que cuando vuelva
nos contará todo,
todo,
todo.

El esqueleto de un dinosaurio

Amados Hermanos,
miramos aquí una instancia de malas proporciones:
ante nosotros asoma el impresionante esqueleto de un dinosaurio-

Queridos amigos,
a la izquierda, la cola que se prolonga eternamente,
a la derecha, eternamente lo opuesto-

Respetados Camaradas,
a la mitad, cuatro piernas que se hunden en el lodo
bajo su cuerpo montañoso-

Bondadosos Ciudadanos,
La naturaleza no comete errores, pero tiene sentido de humor:
por favor, tomen nota de esta graciosa cabecita-

Damas y Caballeros,
esta cabecita podría no haber previsto nada
y es el por qué esta es la cabecita de un reptil extinguido-

Venerables Visitantes,
diminuto el cerebro, enorme el apetito,
más de tonto sueño que sabia angustia-

Dignos Invitados,
por otra parte nosotros estamos en mejor forma,
la vida es hermosa y la Tierra nos pertenece-

Estimados Delegados,

el estrellado cielo sobre el junco pensante,
la ley moral interna que lo habita-

Honorables Autoridades,
este suceso se realizó una vez solamente
y quizá bajo este mismo sol-

Miembros de la Directiva,
qué diestras las manos
qué elocuentes los labios
qué buena cabeza sobre los hombros-

Altísimos Jueces,
qué responsabilidad en lugar de una cola-

Un Poema de la película "Red"

Los dos pensaron que
un repentino sentimiento los unía.
Esta seguridad era hermosa,
aun mas hermosa que la inseguridad.

Ellos pensaban que no se conocían
el uno al otro.
Nunca había pasado nada entre ellos,
Estas calles, estas escaleras, estos corredores,
Donde pudieron haberse conocido antes?

Me gustaría preguntarles si pueden recordarlo
- Quizás un día una puerta revolvente
cara a cara?
Un "perdón" en la multitud,
"numero equivocado" en el teléfono?
Pero yo se la respuesta,
no ellos no lo recuerdan.

Que tan sorprendidos estarían
que ya por un largo tiempo
el destino ha estado jugando con ellos.

Aun no listos para cambiar dentro del destino,
que los acerca y al mismo tiempo lo aleja
cortando su camino y reprimiendo una lista
escapándose aun más.

Había señales, indicaciones indescifrables,
que importa.

Hace 3 años, tal vez,
o quizás el pasado martes,
esta hoja volando de un hombro a otro?

Algo perdido y recolectado.
Quien sabe, quizás aun una pelota en los
arbustos, en la niñez?

Había manijas, timbres,
donde, en la marca de una mano,
otra mano era puesta.

Maletas de viaje,
una al lado de la otra
en el equipaje abandonado.
Y tal vez un noche un mismo sueño
olvidado al caminar.

Pero cada principio es solo una continuación
y el libro del destino esta siempre abierto a la
mitad

Un terrorista: él observa

La bomba explotará en el bar a las trece veinte.
Ahora apenas son las trece y dieciséis.
Algunos todavía tendrán tiempo de salir.
Otros de entrar.
El terrorista ya se ha situado al otro lado de la calle.
Esa distancia lo protege de cualquier mal
y se ve como en el cine:
Una mujer con una cazadora amarilla: ella entra.
Un hombre con unas gafas oscuras: él sale.
Unos chicos con vaqueros: ellos están hablando.
Trece diecisiete y cuatro segundos.
Ese más abajo tiene suerte y sube a una moto,
y ese más alto entra.
Trece diecisiete y cuarenta segundos.
Una niña: ella va andando con una cinta verde en el pelo.
Sólo que de repente ese autobús la tapa.
Trece dieciocho.
Ya no está la niña.
Habrá sido tan tonta como para entrar, o no,

eso ya se verá cuando vayan sacando.
Trece diecinueve.
Y ahora como que no entra nadie.
En vez de entrar aún hay un gordo calvo que sale.
Pero parece que busca algo en sus bolsillos y
a las trece veinte menos diez segundos
vuelve a buscar sus miserables guantes.
Son las trece veinte.
Qué lento pasa el tiempo.
Parece que ya.
Todavía no.
Sí, ahora.
Una bomba: la bomba explota.

Salmo

Las fronteras de las naciones humanas ¡qué permeables son!
¡Cuántas nubes pasan impunemente flotando sobre ellas,
cuánta arena del desierto se desliza de uno a otro país,
cuántas piedras ruedan
desde las montañas hasta los dominios ajenos
con botes desafiantes!
¿He de mencionar aquí los pájaros que vuelan
uno tras otro
y se posan en las barreras bajadas?
Incluso si fuera sólo un gorrión,
ya tiene allí la cola,
mas su pico permanece aquí.
Además inunca se queda quieto!
Entre los innúmeros insectos me limitaré a la hormiga,
que entre las botas derecha e izquierda del guardia
a la pregunta: de dónde, a dónde
-no se siente obligado a contestar-.
¡Ah, mirad con atención
todo este desorden a la vez
por todos los continentes!
¿Acaso no es la alheña la que desde la orilla opuesta
pasa de contrabando su cienmilésima hoja?
¿Y quién si no el calamar
de osados y largos tentáculos
viola la sagrada zona de la aguas territoriales?
¿Cómo se puede hablar en general de orden alguno,
si ni siquiera es posible repartirse las estrellas
para saber cuál brilla para quién?
¡Y que aún el reprobable expandirse de las nieblas!

¡Y del polen, por toda la superficie de la estepa,
como si no estuviera bien partida en dos!
¡Y el resonar de las voces por las serviciales ondas del aire:
gritos que llaman y gorgojos llenos de significado!
Sólo lo humano logra ser verdaderamente ajeno.
Lo demás son bosques entremezclados, obras de topo y viento.

Bajo una misma estrellita

Perdón pido al azar por llamarlo necesidad.
Perdón pido a la necesidad por si empero me equivoco.
No se me enoje la dicha si la tomo como propia.
Que me disculpen los muertos por apenas anidar en mi recuerdo.
Perdón pido al tiempo por la multiplicidad de un mundo omitido en un segundo.
Perdón pido al antiguo amor por vivir el nuevo como primero.
Perdonadme, lejanas guerras, por llevar flores a casa.
Perdonadme, heridas abiertas, por haberme pinchado en un dedo.
Perdón pido a los que claman desde las simas por el minueto del disco.
Perdón pido a la gente en los andenes por seguir durmiendo a las cinco de la mañana.
Disculpadme, esperanza acosada, por reír de vez en cuando.
Disculpadme, desiertos, por no acudir con una cucharada de agua.
Y tú, gavián, el mismo desde hace años, en esa misma jaula,
con la mirada inmóvil siempre en el mismo punto,
ten piedad de mí aunque sólo seas un ave disecada.
Perdón pido al árbol talado por las cuatro patas de mi mesa.
Perdón pido a las grandes preguntas por mis respuestas pequeñas.
Verdad, no me prestes demasiada atención.
Gravedad, muéstrame magnánima.
Soporta, misterio del ser, si deshilacho la cola de tu atavío.
No me acuses, alma, por raramente poseerte.
A todo pido perdón por no poder estar en todas partes.
A todos pido perdón por no saber ser cada uno y cada una.
Sé que, mientras viva, nada me justificará,
pues yo misma me soy óbice.

Asombro

¿Por qué en una demasiado única persona?
¿En esta y no en otra? ¿Y qué hago aquí?
¿En un día que es martes? ¿En una casa y no en un nido?

¿Dentro de una piel, no de unas escamas? ¿Con un rostro, no una hoja?
¿Por qué sólo una vez personalmente?
¿Precisamente en la tierra?
¿Bajo una pequeña estrella?
¿Después de tantas eras de ausencia?
¿Por todos los tiempos y todas las algas?
¿Por crustáceos y firmamentos?
¿Precisamente ahora? ¿Hasta mis carnes y huesos?
¿Sola en mí conmigo misma?
¿Por qué?
no al lado ni a cien millas de aquí,
no ayer ni hace cien años
me siento y miro hacia el oscuro rincón
-tal como, levantando súbitamente su morro-,
mira ese gruñir llamado perro?

Del montón

Soy la que soy.
Casualidad inconcebible
como todas las casualidades.
Otros antepasados
podrían haber sido los míos
y yo habría abandonado
otro nido,
o me habría arrastrado cubierta de escamas
de debajo de algún árbol.
En el vestuario de la naturaleza
hay muchos trajes.
Traje de araña, de gaviota, de ratón de monte.
Cada uno, como hecho a medida,
se lleva dócilmente
hasta que se hace tiras.
Yo tampoco he elegido,
pero no me quejo.
Pude haber sido alguien
mucho menos personal.
Parte de un banco de peces, de un hormiguero, de un enjambre,
partícula del paisaje sacudida por el viento.
Alguien mucho menos feliz,
criado para un abrigo de pieles
o para una mesa navideña,
algo que se mueve bajo un cristal de microscopio.
Árbol clavado en la tierra,
al que se aproxima un incendio.

Hierba arrollada
por el correr de incomprensibles sucesos.
Un tipo de mala estrella
que para algunos brilla.
¿Y si despertara miedo en la gente,
o sólo asco,
o sólo compasión?
¿Y si hubiera nacido
no en la tribu debida
y se cerraran ante mí los caminos?
El destino, hasta ahora,
ha sido benévolo conmigo.
Pudo no haberme sido dado
recordar buenos momentos.
Se me pudo haber privado
de la tendencia a comparar.
Pude haber sido yo misma, pero sin que me sorprendiera,
lo que habría significado
ser alguien totalmente diferente.

Cálculo elegíaco

Cuántos de los que he conocido
(si de verdad los he conocido)
hombres, mujeres
(si esta división sigue vigente)
han atravesado este umbral
(si esto es un umbral)
han cruzado este puente
(si se puede llamar puente)
Cuántos después de una vida más corta o más larga
(si para ellos en eso sigue habiendo alguna diferencia)
buena porque ha acabado
mala porque ha acabado
(si no prefirieran decirlo al revés)
se han encontrado en la otra orilla
(si se han encontrado)
y si la otra orilla existe.
No me es dado saber
cuál fué su destino
(ni siquiera si se trata de un solo destino,
y si hay todavía destino).
Todo
(si con esta palabra no lo delimito)
ha terminado para ellos
(si no lo tienen por delante).
Cuántos han saltado del tiempo en marcha
y se pierden a lo lejos con una nostalgia cada vez

mayor
(si merece la pena creer en perspectivas).
Cuántos
(si la pregunta tiene algún sentido,
si se puede llegar a la suma final
antes de que el que cuenta se cuente a sí mismo)
han caído en el más profundo de los sueños
(si no hay otro más profundo).
Hasta la vista.
Hasta mañana.
Hasta la próxima.
Ya no quieren
(si es que no quieren) repetirlo.
Condenados a un interminable
(si no es otro) silencio.
Ocupados sólo con aquello
(si es sólo con aquello)
a lo que los obliga la ausencia.

Perspectiva

Se cruzaron como dos desconocidos,
sin gestos ni palabras,
ella de camino a la tienda
él de camino hacia el coche.

Quizá entre la consternación,
o el desconcierto,
o la inadvertencia,
de que por un breve instante
se amaron para siempre.

No hay sin embargo garantía
de que fueran ellos.
Quizá de lejos sí,
pero de cerca en absoluto.

Los vi desde la ventana,
y quien mira desde arriba
se equivoca con mayor facilidad.

Ella desapareció tras una puerta de cristal,
él subió al coche
y arrancó rápidamente.
Así que no pasó nada
ni siquiera si pasó.

Y yo sólo por un momento
segura de lo que vi,
intento ahora en un poema casual
convenceros a Vosotros, Lectores,
de que aquello fue triste.

Falta de atención

Ayer me porté mal en el cosmos.
Viví todo el día sin preguntar por nada,
sin sorprenderme de nada.

Realicé acciones cotidianas,
como si fuera lo único que tenía que hacer.

Aspirar, espirar, un paso tras otro, obligaciones,
pero sin pensamientos que fueran más allá
de salir de casa y volver a casa.

El mundo podría ser tenido por un mundo loco
y yo lo tuve para mi propio y trivial uso.

Ningún cómo, ningún por qué,
o de dónde ha salido éste,
o para qué quiere tantos impacientes detalles.

Fui como un clavo superficialmente clavado a la pared,
o
(aquí una comparación que no se me ha ocurrido).

Uno tras otro se fueron sucediendo cambios
incluso en el limitado campo de un abrir y cerrar de ojos.

En la mesa más joven, con una mano un día más joven
había pan de ayer cortado de forma distinta.

Las nubes como nunca y la lluvia como nunca,
porque era con otras gotas que llovía.

La Tierra giraba sobre su eje
pero en un espacio abandonado para siempre.

Duró sus buenas 24 horas.
1.440 minutos de ocasiones.
86.400 segundos que mirar.

El cósmico savoir-vivre

aunque calla sobre nuestro asunto,
exige, sin embargo, algo de nosotros:
una cierta atención, un par de frases de Pascal
y una sorprendente participación en este juego
de reglas desconocidas.

No requiere título

Aquí estoy, sentada bajo un árbol,
a orillas de un río,
una mañana soleada.
Es un hecho anodino
que no pasará a la historia.
No es una batalla ni un tratado,
cuyas causas se investigan,
ni el memorable asesinato de un tirano.

Sin embargo, estoy sentada a orillas del río.
Y si estoy aquí,
forzoso es haber llegado de alguna parte,
y antes forzoso fue haber recorrido otros lugares
como los conquistadores de nuevas tierras
antes de subir a bordo de sus navíos.

Incluso un instante fugaz tiene un turbulento pasado,
un viernes anterior a sábado,
un mayo que a junio precede,
y horizontes no menos reales
que los dibujados en los prismáticos de los mariscales.

El árbol es un álamo hace años arraigado.
El río es el Raba que no empezó a fluir ayer.
La senda no anteayer
se abrió entre matorrales.
Antes de disipar las nubes, el viento
hasta aquí las arrastró.

Aunque nada importante sucede en torno a mí,
no es el mundo por eso más pobre en matices,
menos justificable, menos definido
que cuando dependía de las grandes migraciones.

El silencio no solo envuelve conspiraciones.
Y el séquito de causas no solo acompaña subidas a tronos.
No solo los aniversarios de las revoluciones caen,

también las piedras arrojadas al río.

Intrincado y denso es el bordado de las circunstancias.
El respunte de la hormiga en la hierba.
La hierba cosida a la tierra.
El diseño de la ola enhebrada a un palito.

Así, por obra del azar, soy y miro.
Una mariposa blanca aletea en el aire
con alas que solo a ella pertenecen,
y una sombra sobrevuela mi mano,
la suya, no otra, no de cualquiera.

Ante hechos semejantes me abandona la certeza
de que lo importante
es más importante que lo que no importa.

Las tres palabras más extrañas

Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.
Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.
Cuando pronuncio la palabra Nada,
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.

El número Pi

El admirable número Pi
tres coma uno cuatro uno.
Las cifras que siguen son también preliminares
cinco nueve dos porque jamás acaba.
No puede abarcarlo seis cinco tres cinco la mirada,
ocho nueve ni el cálculo
siete nueve ni la imaginación,
ni siquiera tres dos tres ocho un chiste, es decir, una comparación
cuatro seis con cualquier otra cosa
dos seis cuatro tres de este mundo.
La serpiente más larga de la tierra suma equis metros y se acaba.
Y lo mismo las serpientes míticas aunque tardan más.
El séquito de dígitos del número Pi
llega al final de la página y no se detiene,
sigue, recorre la mesa, el aire,
una pared, una hoja, un nido de pájaros, las nubes, hasta llegar
directo al cielo,

perderse en la insondable hinchazón del cielo.
¡Qué breve la cola de un cometa, cual la de un ratón!
¡Qué endeble el rayo de un astro si se curva en la insignificancia
del espacio!

Mientras aquí dos tres quince trescientos diecinueve
mi número de teléfono la talla de tu camisa
el año mil novecientos sesenta y tres sexto piso
el número de habitantes sesenta y cinco céntimos
dos pulgadas de cintura una charada y un mensaje cifrado
que dice vuela mi ruiseñor y canta
y también se ruega guardar silencio,
y se extinguirán cielo y tierra,
pero el número Pi no, jamás,
seguirá su camino con su nada despreciable cinco
con su en absoluto vulgar ocho
con su ni por asomo postrero siete,
empujando, ¡ay!, empujando a durar
a la perezosa eternidad.

A algunos les gusta la poesía

A algunos,
es decir, no a todos.
Ni siquiera a los más, sino a los menos.
Sin contar las escuelas, donde es obligatoria,
y a los mismos poetas,
serán dos de cada mil personas.

Les gusta,
como también les gusta la sopa de fideos,
como les gustan los cumplidos y el color azul,
como les gusta la vieja bufanda,
como les gusta salirse con la suya,
como les gusta acariciar al perro.

La poesía,
pero qué es la poesía.
Más de una insegura respuesta
se ha dado a esta pregunta.
Y yo no sé, y sigo sin saber, y a esto me aferro
como a un oportuno pasamanos.

Cayendo del cielo

Pasa la magia, aunque las grandes fuerzas
tal como eran, siguen siendo. En las noches más bellas
no sabes si es una estrella u otra cosa lo que cae.
No sabes si es eso lo que tiene que caer.
Y no sabes si es oportuno entretenerse en deseos,
¿adivinar? ¿Por un malentendido estelar?
¿Cómo si constantemente nuestro siglo fuera el no- //
veinte?
Qué brillo te juramenta: soy una chispa, una chispa//
auténtica,
una chispa de la cola de un cometa,
nada salvo una chispa, que suavemente desaparece,
no soy yo la que cae en los periódicos de mañana,
es esa otra, justo a mi lado, que tiene su motor//
estropeado.

Nada dos veces

Nada ocurre dos veces
y no ocurrirá. Por esta razón
nacimos sin práctica
y moriremos sin rutina.

Aunque fuéramos los más torpes
alumnos en la escuela del mundo
no repetiríamos
ningún invierno ni verano.

Ningún día se repetirá,
no hay dos noches parecidas,
dos besos iguales,
ni dos miradas idénticas en los ojos.

Ayer, cuando a mi lado
alguien dijo tu nombre en voz alta,
sentí como si una rosa
cayera por la ventana abierta.

Hoy, estando juntos,
volví la cara hacia la pared.
¿Rosa? ¿Cómo es una rosa?
¿Es una flor? ¿O quizá una piedra?

¿Por qué, mala hora, te mezclás
con el miedo innecesario?
Existís –entonces tenés que pasar.
Vas a pasar- entonces esto es bello.

Sonrientes, tomados de la cintura
buscaremos un acuerdo,
aunque seamos diferentes
como dos gotas de agua pura.

Las mujeres de Rubens

Titánides, fauna femenina,
desnudas como estruendo de toneles.
Hacen su nido en lechos aplastados
y duermen con la boca abierta en forma
de chillido.

Sus pupilas han huido hacia el fondo
y penetran al interior de sus glándulas
desde las que gotea levadura como sangre.

Hijas del barroco. Se infla la masa en la
artesa,
se llenan de vapor los baños, se
ruborizan los vinos,
por el cielo galopan puerquitos de
nubes,
relinchan las trompetas ante el peligro
físico.

¡Oh acalabazadas, oh excesivas,
duplicadas al rechazar los vestidos,
triplicadas por la impetuosidad de la pose,
grasosos platillos de amor!

Sus flacas hermanas se levantaron antes,
antes de que alboreara en el cuadro.

Y nadie las vio avanzar en fila
por la parte trasera del lienzo.

Desterradas del estilo. Con las costillas
contadas
y pies y manos que parecen de ave.

Con sus omóplatos salidos intentan
levantar el vuelo.

El siglo trece les daría un fondo dorado.

El veinte, una pantalla a color.

El diecisiete, en cambio, no tiene qué darle a las planas.

Pues hasta el cielo es protuberante,
protuberantes los ángeles y protuberante
dios:
un bigotudo Febo que en un corcel
sudoroso irrumpe en una alcoba hirviente.

Lectura

No ser un púgil, Musa, es como no ser nada.

Nos negaste un auditorio enardecido.

Hay doce personas en la sala,
es hora de empezar.

La mitad vino porque llueve,
los demás son parientes. Musa.

Las mujeres podrían desmayarse en esta tarde de otoño,
y lo harán, pero sólo frente al ring.

Escenas dantescas sólo allí.

Y el éxtasis. Musa.

No ser un boxeador, ser un poeta,
con una condena a poemas forzados,
y a falta de músculos mostrarle al mundo
—en el mejor de los casos— una lectura
escolar en el futuro.

Oh Musa. Oh Pegaso,
ángel equino.

En la primera fi la un viejecito sueña
dulcemente
que su difunta esposa ha vuelto de la tumba
para hornearle una tarta de ciruelas.

Con fuego, pero no muy alto, porque se
quema la tarta,
comenzamos la lectura. Musa.

Epitafio

Aquí yace, como la coma anticuada,
la autora de algunos versos. Descanso
eterno
tuvo a bien darle la tierra, a pesar de
que la muerta
con los grupos literarios no se hablaba.
Aunque tampoco en su tumba encontró
nada
mejor que una lechuza, jacintos y este
treno.

Transeúnte, quita a tu electrónico
cerebro la cubierta
y piensa un poco en el destino de
Wisława.

La cebolla

La cebolla es otra cosa.
Ni siquiera tiene entrañas.
Es cebolla enteramente,
al más ceboloso grado.
Por fuera tan cebolluda,
cebollina de raíz,
puede escrutarse por dentro
sin ningún remordimiento.

En nosotros todo extraño,
apenas de piel cubiertos,
y una anatomía violenta,
terror de la medicina,
y en la cebolla, cebolla
y no intestinos torcidos.
Desnuda repetidamente
y similar hasta el fin.

Un ser sin contradicciones,
criatura muy bien lograda.
En una cebolla hay otra,

en la grande una pequeña
y así, sucesivamente,
una tercera, una cuarta.
Una centrípeta fuga.
Un eco cantado a coro.
A la cebolla la entiendo:
el mejor vientre del mundo.
Sola se rodea de aureolas
y para su propia gloria.
Nosotros: grasas y nervios,
secreciones y secretos.
Y se nos ha denegado
la idiotez de lo perfecto.

La alegría de escribir

¿A dónde corre, a través del bosque
escrito, esta
cierva escrita?
¿A beber del agua escrita
que copiará su hocico como papel carbón?
¿Por qué levanta la cabeza, habrá oído
algo?
Apoyada en cuatro patas prestadas por
la verdad
por debajo de mis dedos aguza los
oídos.
Silencio, esta palabra también susurra
sobre el papel
y retira
las ramas causadas por la palabra
“bosque”.

Sobre la hoja blanca acechan para
saltar
letras que pueden combinarse mal,
frases que acosan
y ante las cuales no habrá salvación.
Hay en una gota de tinta una reserva
considerable
de cazadores que apuntan, con un ojo
entrecerrado,
preparados para bajar por la empinada
pluma,
para cercar a la cierva, dispuestos a
disparar.

Olvidan que esto no es la vida.
Aquí rigen otras leyes, negro sobre
blanco.

Un abrir y cerrar de ojos durará tanto
como yo desee,
permitirá ser dividido en pequeñas
eternidades,
llenas de balas detenidas al vuelo.
Si lo ordeno, nunca sucederá nada aquí.

En contra de mi voluntad no caerá ni
una hoja,
ni se doblará una brizna de hierba bajo
el peso de una pezuña.

¿Existe, pues, un mundo
sobre el que tengo un dominio
absoluto?
¿Un tiempo que ato con cadenas de
signos?
¿Una existencia infinita a mis órdenes?

La alegría de escribir.

La posibilidad de hacer perdurar.

La venganza de una mano mortal.

Vietnam

Mujer, ¿cómo te llamas? -No sé.
¿Cuándo naciste, de dónde eres? -No sé.
¿Por qué cavaste esta madriguera? -No sé.
¿Desde cuándo te escondes? -No sé.
¿Por qué me mordiste el dedo cordial? -No sé.
¿Sabes que no te vamos a hacer nada? -No sé.
¿A favor de quién estás? -No sé.
Estamos en guerra, tienes que elegir. -No sé.
¿Existe todavía tu aldea? -No sé.
¿Éstos son tus hijos? -Sí.

Parábola

Ciertos pescadores sacaron del fondo una botella.
Había en la botella un papel, y en el papel estas palabras:

"¡Socorro!, estoy aquí. El océano me arrojó a una isla desierta. Estoy en la orilla y espero ayuda.

¡Dense prisa. Estoy aquí!"

-No tiene fecha. Seguramente es ya demasiado tarde. La botella pudo haber flotado mucho tiempo, dijo el pescador primero.

-Y el lugar no está indicado. Ni siquiera se sabe en qué océano, dijo el pescador segundo.

-Ni demasiado tarde ni demasiado lejos. La isla "Aquí" está en todos lados, dijo el pescador tercero.

El ambiente se volvió incómodo, cayó el silencio. Las verdades generales tienen ese problema.

Mañana – sin nosotros

Se esperaba una mañana fría y con niebla.

Por el oeste

Se avecinan nubes de lluvia.

La visibilidad será escasa.

Condiciones adversas para la circulación.

Según avance la jornada, la gradual

influencia de una cuña anticiclónica por el norte

hará posibles algunos claros.

A pesar de ello, ráfagas fuertes y racheadas de viento

Pueden ir acompañadas de tormentas.

Por la noche,

cielos despejados en casi todo el país,

sólo en la parte sureste

podrían darse algunas precipitaciones.

Las temperaturas bajarán considerablemente,
pero aumentará la presión atmosférica.

El día siguiente
se anuncia soleado,
si bien a los que siguen viviendo
todavía les será de utilidad el paraguas.
(A.M.)

El viejo catedrático

Le pregunté sobre aquellos tiempos
en que éramos tan jóvenes,
ingenuos, entusiastas, tontos, inexpertos.

Algo de eso ha quedado, excepto la juventud
-respondió.

Le pregunté si todavía sabe a ciencia cierta
lo que es bueno y lo que es malo para el hombre.

La más mortífera ilusión posible
-respondió.

Le pregunté por el futuro,
si lo sigue viendo claro.

He leído demasiados libros de historia

-respondió.

Le pregunté por la fotografía,

esa en el marco, sobre el escritorio.

Fueron, pasaron. Mi hermano, mi primo, mi cuñada,

mi esposa, mi hijita sobre las rodillas de mi esposa,

el gato en los brazos de mi hijita,

y un cerezo en flor, y sobre el cerezo

un pájaro volador no indentificado

-respondió.

Le pregunté si es a veces feliz.

Trabajo

-respondió.

Le pregunté por los amigos, si todavía tiene.

Algunos de mis antiguos ayudantes,

que también tienen antiguos ayudantes,

la señora Luzmila, que gobierna mi casa,

alguien muy cercano, pero en el extranjero,

dos señoras de la biblioteca, las dos sonrientes,
el pequeño Gregorio de enfrente y Marco Aurelio
-respondió.

Le pregunté por la salud y por su estado de ánimo.

Me prohíben el café, el vodka, los cigarros,
cargar recuerdos y objetos pesados.
Tengo que fingir que no lo oigo
-respondió.

Le pregunté por el jardín y el banco en el jardín.

Cuando la noche es serena observo el cielo.
No deja de asombrarme cuántos puntos de vista hay ahí
-respondió.

Posibilidades

Prefiero el cine.
Prefiero los gatos.
Prefiero los robles a orillas del río.
Prefiero Dickens a Dostoievski.
Prefiero que me guste la gente
a amar a la humanidad.
Prefiero tener en la mano hilo y aguja.
Prefiero no afirmar
que la razón es la culpable de todo.
Prefiero las excepciones.
Prefiero salir antes.
Con los médicos prefiero hablar de otra cosa.

Prefiero las viejas ilustraciones.
Prefiero lo ridículo de escribir poemas
a lo ridículo de no escribirlos.
En el amor prefiero los aniversarios
que se celebran todos los días.
Prefiero a los moralistas
que no me prometen nada.
Prefiero la bondad del sabio a la del demasiado crédulo.
Prefiero la tierra vestida de civil.
Prefiero los países conquistados a los conquistadores.
Prefiero tener reservas.
Prefiero el infierno del caos al infierno del orden.
Prefiero los cuentos de Grimm a las primeras planas
del periódico.
Prefiero las hojas sin flores a la flor sin hojas.
Prefiero los perros con la cola sin cortar.
Prefiero los ojos claros porque los tengo oscuros.
Prefiero los cajones.
Prefiero muchas cosas que aquí no he mencionado
a muchas otras que tampoco he dicho.
Prefiero el cero solo
al que hace cola en una cifra.
Prefiero el tiempo de los insectos al tiempo de las estrellas.
Prefiero tocar madera.
Prefiero no preguntar cuánto me queda y cuándo.
Prefiero tomar en cuenta incluso la posibilidad
de que todo tiene una razón de ser.

Encuentro inesperado

Somos sumamente corteses el uno con el otro,
decimos: qué agradable encontrarnos después de tantos
años.-

Nuestros tigres beben leche,
nuestros halcones van a pie.
Nuestros tiburones se ahogan en el agua
Nuestros lobos bostezan frente a jaulas abiertas

Nuestras víboras se quedaron sin relámpagos,
los monos sin inspiración, y los pavos reales sin plumas
Los murciélagos renunciaron a nuestros cabellos
tiempos a.
Sucumbimos al silencio sin acabar la frase,
sonreímos, sin recursos
Nuestros humanos
no saben qué decirse.

Acaso

Pudo haber sucedido.
Debió suceder.
Sucedió antes. Después.
Más cerca. Más lejos.
Pero no a Tí.

Te salvaste por ser el primero.
Te salvaste por ser el último.
Por estar solo. Con gente.
A la izquierda. A la derecha.
Porque llovía. Porque había sombra.
Porque lucía un sol esplendoroso.

Por suerte había un bosque.
Por suerte no había árboles.
Por suerte, un raíl, un gancho, una viga, un freno,
una repisa, una curva, un milímetro, un segundo.
Por suerte había a mano un clavo ardiendo.

A causa de, puesto que, sin embargo, pese a.
A saber qué hubiera ocurrido si la mano, si el pie,
por un pelo, a un paso
de una coincidencia.

Estás, pues, aquí? Salido de un instante aún
entreabierto?
La red sólo tenía una malla y tú a través de la malla?
No logro salir de mi asombro ni articular palabra.
Escucha
en mi late, desbocado, tu corazón.

El álbum

Nadie en mi familia murió de amor.
Romances sí hubo, no cosa seria.
Tísicos Romeos? Julietas con difteria?
No. Alcanzaron la vejez en flor.

Ni uno murió de cartas sin respuesta,
con letra por las lágrimas borrosa!
Llegaban vecinos, trajes de fiesta,
con anteojos, levita y una rosa.

Nadie se asfixió dentro de un armario
por huir de maridos de sus amantes
Faralaes, mantillas ni volantes
echaron a nadie de la foto por falsario.

Cuán lejos sus Almas del infierno del Bosco!
Sus pistolas no defendían amores furtivos.
(Morían a balazos, mas por otros motivos,
en el frente, en un catre bien toscos)
Ni la bella, la del moño vistoso,
con ojeras, como de bacanal,
partió a vela en pos de un joven fogoso
por el mar de su hemorragia cerebral.

Antes del daguerrotipo quizás hubo Amor de veras,
pero no en las fotos de mi familia.

Los días tenían tempo de vigilia
y ellos morían de gripe o de paperas.

Un encanto

Con que quiere felicidad,
con que quiere la verdad,
con que quiere eternidad,
¡vaya, vaya!

Apenas si acaba de distinguir el sueño de la vigilia,
apenas si acaba de darse cuenta de que él es él,
apenas si acaba de labrar su mano, descendiente de una aleta,
el pedernal y el cohete,
es fácil ahogarlo en la cuchara del océano,
demasiado poco ridículo incluso como para hacer reír al vacío,
con los ojos sólo ve,
con los oídos sólo oye,
el récord de su habla es el modo potencial,
con la razón vituperadora a la razón,
en una palabra: casi nadie,
pero con la cabeza llena de libertad, de omnisciencia
y de existencia
más allá de la estúpida carne,
¡vaya, vaya!

Porque quizá sí exista,
haya sucedido de verdad
bajo una de las pueblerinas estrellas.
A su modo, dinámico y movido.

Para ser una miserable degeneración del cristal,
bastante sorprendido.
Para haber tenido una difícil infancia en la obligatoriedad
de la manada,
no está mal como individuo.
¡Vaya, vaya!

A seguir así, así aunque sea un instante,
¡a través del abrir y cerrar de ojos de una pequeña galaxia!
A ver si tenemos por fin una idea, aproximada al menos,
de qué va a ser, ya que ya es,
Y es obstinado.
Obstinado, hay que admitirlo, mucho.
Con ese aro en la nariz, con esa toga, con ese suéter.
Queramos o no, un encanto.
Pobrecito.
Un verdadero hombre.

Impresiones teatrales

Para mí, lo esencial de una tragedia es el sexto acto:
el resucitar de los muertos en la batalla del escenario,
el retocar pelucas y vestuario,
el arrancar el puñal del pecho,
el quitar la soga del cuello,
el unirse en fila a los vivos
de cara al público.

Saludos individuales y colectivos:
la mano blanca en el corazón herido,
la reverencia de la suicida,
la inclinación de la cabeza cortada.

Pero lo en verdad solemne es la bajada del telón
y lo que se sigue viendo por una estrecha rendija:
aquí una mano que se precipita hacia una flor,
allá, otra mano recoge la espada caída.
Y sólo entonces una tercera mano, la invisible,
cumple con su cometido:

Me agarra por el cuello.

La realidad exige

La realidad exige que también mencionemos esto: la vida sigue. Continúa en Cannae y en Borodino, en Kosovo Polie y en Guernica. Hay una estación de gasolina en una pequeña plaza de Jericó, pintura fresca en los bancos del parque de Bila Hora. Las cartas se cruzan entre Pearl Harbor y Hastings, una camioneta pasa debajo del ojo del león de Queronea, y los florecientes huertos cerca de Verdún no pueden escapar al atmosférico frente que se aproxima. Hay tanto Todo que la Nada se esconde casi gentilmente. La música brota de los yates anclados en Accio y las parejas bailan en las cubiertas bañadas por el sol. Hay tantas cosas sucediendo siempre que deben estar pasando en todas partes. Donde no hay ni una sola piedra en pie vemos al Hombre de los Helados rodeado de niños. Donde Hiroshima estuvo Hiroshima está de nuevo, produciendo cosas para el uso de cada día. Este terrible mundo no está desprovisto de encantos, de las mañanas que hacen inestimables los despertares. La hierba es verde en los campos de Maciejowice, y salpicada de rocío, como es lo normal de la hierba. Quizás todos los campos son campos de batalla, todas las tierras lo son, las que recordamos y las que se han olvidado: los bosques de abedules, cedros, abetos, la blanca nieve, las amarillas arenas, la gris grava, los iridiscentes pantanos, los cañones de negra derrota, donde, en tiempos de crisis, puedes esconderte debajo de un arbusto. ¿Qué moral sacamos de esto? Probablemente ninguna. Sólo la sangre fluye, secándose rápidamente, y, como siempre, unos cuantos ríos, unas cuantas nubes. Sobre trágicos pasos de montañas el viento vuela sombreros de cabezas inconscientes y no podemos evitar reír de eso.

Autonomía

Ante el peligro, la holoturia se divide en dos:
con una parte se entrega para ser devorada por el mundo,
con la otra huye.

Se divide violentamente en pérdida y en salvación,
en multa y premio, en lo que fue y lo que será.

En el centro del cuerpo de la holoturia se abre un
/precipicio
de dos orillas repentinamente ajenas entre sí.

En una orilla la muerte; en otra la vida.
Aquí la desesperación, allá la esperanza.

Si existe la balanza, los platillos no se mueven.
Si existe la justicia, hela aquí.

Morir lo necesario, sin exagerar.
Crecer lo necesario, de lo que se ha salvado.

Sabemos dividirnos, es verdad, también nosotros.
Pero sólo en cuerpo y susurro interrumpido.
En cuerpo y en poesía.

Aquí el corazón pesado, *alla non omnis moriar*,
tres pequeñas palabras como tres plumas al vuelo.

El precipicio no nos corta en dos.
El precipicio nos rodea.

Un gato en un piso vacío

Morir -eso a un gato no se le hace.
Porque, ¿que puede hacer un gato
en un piso vacío?

Subirse por las paredes.
Restregarse contra los muebles.
Nada aquí ha cambiado,
pero nada es como antes.
Nada ha cambiado de sitio,
pero nada está en su sitio.
Y la luz sigue apagada al anochecer.

Se oyen pasos en la escalera,
pero no los esperados.
Una mano deja pescado en el plato
y no es, tampoco, la de antes.

Algo no empieza
a la hora de siempre.
Algo no sucede
según lo establecido.
Alguien estaba aquí, estaba siempre,
y de repente desapareció
y se empeña en no estar.

Se ha buscado ya en los armarios,
se han recorrido los estantes.
Se ha comprobado bajo la alfombra.
Incluso se ha roto la veda
de esparcir papeles.

¿Qué más se puede hacer?
Dormir y esperar.

¡Ay, cuando él regrese,
ay, cuando aparezca!
Se enterará de que estas no son maneras
de tratar a un gato.
Como quien no quiere la cosa,
habrá que acercársele,
despacito,
sobre unas patitas, muy, muy ofendidas.
Y, de entrada, nada de brincos ni maullidos.

A mi corazón el domingo

Gracias te doy, corazón mío,
por no quejarte, por ir y venir
sin premios, sin halagos,
por diligencia innata.

Tienes setenta merecimientos por minuto.
Cada una de tus sístoles
es como empujar una barca
hacia alta mar
en un viaje alrededor del mundo.

Gracias te doy, corazón mío,
porque una y otra vez
me extraes del todo,
y sigo separada hasta en el sueño.

Cuidas de que no me sueñe al vuelo,
y hasta el extremo de un vuelo
para el que no se necesitan alas.

Gracias te doy, corazón mío,
por haberme despertado de nuevo,
y aunque es domingo,
día de descanso,
bajo mis costillas
continúa el movimiento de un día laboral.

Descubrimiento

Creo en el gran descubrimiento.
Creo en el hombre que hará el descubrimiento.
Creo en el terror del hombre que hará el descubrimiento.
Creo en la palidez de su rostro,
la náusea, el sudor frío en su labio.

Creo en la quema de las notas,
quema hasta las cenizas,
quema hasta la última.

Creo en la dispersión de los números,
su dispersión sin remordimiento.

Creo en la rapidez del hombre,
la precisión de sus movimientos,
su libre albedrío irreprimido.

Creo en la destrucción de las tablillas,
el vertido de los líquidos,
la extinción del rayo.

Afirmo que todo funcionará
y que no será demasiado tarde,
y que las cosas se develarán en ausencia de testigos.
Nadie lo averiguará, no me cabe duda,
ni esposa ni muralla,
ni siquiera un pájaro, porque bien puede cantar.

Creo en la mano detenida,
creo en la carrera arruinada,
creo en la labor perdida de muchos años.
Creo en el secreto llevado a la tumba.

Para mí estas palabras se remontan por encima de las reglas.
No buscan apoyo en ejemplos de ninguna clase.
Mi fe es fuerte, ciega y sin ningún fundamento.

Despedida de un paisaje

No le reprocho a la primavera
que llegue de nuevo.
No me quejo de que cumpla
como todos los años
con sus obligaciones.

Comprendo que mi tristeza
no frenará la hierba.
Si los tallos vacilan
será sólo por el viento.

No me causa dolor
que los sotos de alisos
recuperen su murmullo.

Me doy por enterada
de que, como si vivieras,
la orilla de cierto lago
es tan bella como era.

No le guardo rencor
a la vista por la vista
de una bahía deslumbrante.

Puedo incluso imaginarme
que otros, no nosotros,
estén sentados ahora mismo
sobre el abedul derribado.

Respeto su derecho
a reír, a susurrar
y a quedarse felices en silencio.

Supongo incluso
que los une el amor
y que él la abraza a ella
con brazos llenos de vida.

Algo nuevo, como un trino,
comienza a gorgotear entre los juncos.
Sinceramente les deseo
que lo escuchen.

No exijo ningún cambio
de las olas a la orilla,
ligeras o perezosas,
pero nunca obedientes.
Nada le pido
a las aguas junto al bosque,
a veces esmeralda,
a veces zafiro,
a veces negras.

Una cosa no acepto.
Volver a ese lugar.

Renuncio al privilegio
de la presencia.

Te he sobrevivido suficiente
como para recordar desde lejos.

Día 16 de mayo de 1973

Una de esas muchas fechas
que ya no me dicen nada.

A dónde fui ese día,
qué hice, no lo sé.
Si en los alrededores se hubiera cometido un crimen,
no tendría coartada.

El sol brilló y se apagó
sin que yo me diera cuenta.
La tierra giró
y no lo mencioné en mi diario.

Preferiría pensar
que morí brevemente,
y no que nada recuerdo,
aunque viví sin pausa.

Pues si no fui ningún fantasma:
respiré y comí,
di pasos
que se oían
y las huellas de mis dedos
tuvieron que haber quedado en las puertas.

Me reflejé en el espejo.
Llevaba puesto algo de algún color.
Y seguro que hubo gente que me vio.

Quizá ese día
encontré algo que había perdido antes.
Quizá perdí algo que encontré después.

Me embargaron sensaciones, sentimientos.
Ahora todo eso es
como puntos entre paréntesis.

En dónde me metí,
en dónde me enterré,
en verdad no es un mal truco

perderse a una misma de vista.

Agito mi memoria,
tal vez algo en sus ramas,
adormecido por años,
salga de pronto volando.

No.

Evidentemente exijo demasiado:
tanto como un segundo.

Entierro II

"Tan de repente, quién lo hubiera dicho"
"los nervios y el tabaco, yo se lo advertí"
"más o menos, gracias"
"desenvuelve estas flores"
"su hermano también murió del corazón, seguramente es de familia"
"con esa barba jamás lo hubiera reconocido a usted"
"él tiene la culpa, siempre andaba metido en líos"
"he de hablarle pero no lo veo"
"Casimiro está en Varsovia, Tadeo en el extranjero"
"tú sí que eres lista, yo no pensé para nada en el paraguas"
"qué importa que fuera el mejor de ellos"
"es un cuarto de paso, Bárbara no estará de acuerdo"
"es cierto, tenía razón, pero eso no es motivo"
"barnizar la puerta, adivina por cuánto"
"dos yemas, una cucharada de azúcar"
"no era asunto suyo, por qué se metió"
"todos azules y sólo números pequeños"
"cinco veces, y nunca contestó nadie"
"vale, quizá yo haya podido, pero tú también podías"
"menos mal que ella tenía ese empleo"
"no lo sé, tal vez sean parientes"
"el cura, un verdadero Belmondo"
"no había estado nunca en esta parte del cementerio"
"soñé con él hace una semana, fue como un presentimiento"
"mira qué guapa la niña"
"no somos nadie"
"denle a la viuda de mi parte... tengo que llegar a"
"y sin embargo en latín sonaba más solemne"
"se acabó "
"hasta la vista, señora"
"¿qué tal una cerveza?"
"llámame y hablamos"
"con el tranvía cuatro o con el doce"
"yo voy por aquí"
"nosotros por allá"

Fin y principio

Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
digo yo.

Alguien debe echar los escombros
a la cuneta
para que puedan pasar
los carros llenos de cadáveres.

Alguien debe meterse
entre el barro, las cenizas,
los muelles de los sofás,
las astillas de cristal
y los trapos sangrientos.

Alguien tiene que arrastrar una viga
para apuntalar un muro,
alguien poner un vidrio en la ventana
y la puerta en sus goznes.

Eso de fotogénico tiene poco
y requiere años.
Todas las cámaras se han ido ya
a otra guerra.

A reconstruir puentes
y estaciones de nuevo.
Las mangas quedarán hechas jirones
de tanto arremangarse.

Alguien con la escoba en las manos
recordará todavía cómo fue.
Alguien escuchará
asintiendo con la cabeza en su sitio.
Pero a su alrededor
empezará a haber algunos
a quienes les aburra.

Todavía habrá quien a veces
encuentre entre hierbajos
argumentos mordidos por la herrumbre,
y los lleve al montón de la basura.

Aquellos que sabían
de qué iba aquí la cosa
tendrán que dejar su lugar
a los que saben poco.
Y menos que poco.
E incluso prácticamente nada.

En la hierba que cubra
causas y consecuencias
seguro que habrá alguien tumbado,
con una espiga entre los dientes,
mirando las nubes.

Fotografía de la muchedumbre

En la fotografía de la muchedumbre
mi cabeza es la séptima de la orilla,
o tal vez la cuarta a la izquierda,
o la veinte desde abajo;

mi cabeza no sé cuál,
ya no una, no única,
ya parecida a las parecidas,
ni femenina, ni masculina,

las señales que me hace
son ningunos rasgos personales;

quizás la ve el Espíritu del Tiempo,
pero no la mira;

mi cabeza estadística
que consume acero y cables
tranquilísima, globalísimamente;

sin la vergüenza de ser una cualquiera,
sin la desesperación de ser cambiabile;

como si no la tuviera en absoluto
a mi manera y por separado;
como si se hubiera desenterrado un cementerio
lleno de anónimos cráneos
en un aceptable estado de conservación
a pesar de su mortalidad;

como si ya hubiera estado allá

-mi cabeza, una cualquiera, ajena-

donde, si recuerda algo,
sea tal vez el profundo futuro.

Las cartas de los difuntos

Leemos las cartas de los difuntos como impotentes dioses,
pero dioses a fin de cuentas porque conocemos las fechas
posteriores.

Sabemos qué dinero no ha sido devuelto.

Con quién se casaron rápidamente las viudas.

Pobres difuntos, inocentes difuntos,
engañados, falibles, ineptamente precavidos.

Vemos los gestos y las señas que hacen a sus espaldas.

Cazamos con el oído el rumor de los testamentos rotos.

Están sentados frente a nosotros, ridículos, como en panecillos
con mantequilla,

o se echan a correr tras los sombreros que vuelan de sus cabezas.

Su mal gusto, Napoleón, el vapor y la electricidad,

sus mortales curas para enfermedades curables,

el insensato Apocalipsis según San Juan,

el falso paraíso en la tierra según Juan Jacobo...

Observamos en silencio sus peones en el tablero,

sólo que tres casillas más allá.

Todo lo previsto por ellos salió de una manera totalmente
diferente,

o un poco diferente, es decir, también totalmente diferente.

Los más diligentes nos miran ingenuamente a los ojos,

porque hacían cuenta de que encontrarían en ellos la perfección.

Monólogo para Casandra

Soy yo, Casandra.

Y ésta es mi ciudad bajo las cenizas.

Y éste es mi bastón y éstas mis cintas de profeta.

Y ésta es mi cabeza llena de dudas.

Es verdad, triunfo.

Mi cordura llegó a golpear el cielo con un rojo resplandor.

Sólo los profetas que no son creídos

tienen esas vistas.

Sólo aquellos que empezaron a hacer mal las cosas,

y todo podría haberse cumplido tan pronto
como si nunca hubieran existido.

Ahora recuerdo con claridad
cómo la gente, al verme, callaba en mitad de la frase.
La risa se cortaba.
Se separaban las manos.
Los niños corrían hacia sus madres.
Ni siquiera conocía sus efímeros nombres.
Y esa canción sobre la hoja verde...
nadie la terminó en mi presencia.

Yo los amaba.
Pero los amaba desde lo alto.
Desde encima de la vida.
Desde el futuro. Un lugar siempre hay vacío
de donde qué más fácil que divisar la muerte.
Lamento que mi voz fuera áspera.
Mírense desde las estrellas -gritaba-,
mírense desde las estrellas.
Me oían y bajaban la mirada.

Vivían en la vida.
Llenos de miedo.
Condenados.
Desde que nacían en cuerpos de despedida.
Pero había en ellos una húmeda esperanza,
una llama que se alimentaba con su propio parpadeo.
Ellos sabían qué era un instante,
fuera el que fuera
antes de que...

Yo tenía razón.
Sólo que eso no significa nada.
Y éstas son mis ropas chamuscadas.
Y éstos, mis trastos de profeta.
Y ésta, la mueca de mi rostro.
Un rostro que no sabía que pudiera ser hermoso.

Movimiento

Tú aquí lloras, y allí bailan.
Y allí lloran en tu lágrima.
Allí fiesta, allí alegría.
Sin saber nada de nada.
Casi luz en los espejos.
Casi llamas de unas velas.
Casi patios y escaleras.
Casi puños, casi gestos.
El hidrógeno informal y el oxígeno a la par.

Los granujas cloro y sodio.
Ese golfo del nitrógeno en cortejo.
Que se alza, se evapora.
Gira y gira bajo el cielo.
Tú aquí lloras, a eso juegas.
Eine kleine Nachtmusik.
¿Tú quién eres, bella máscara?

Opinión sobre la pornografía

No hay mayor lujuria que el pensar.
Se propaga este escarceo como la mala hierba
en el surco preparado para las margaritas.

No hay nada sagrado para aquellos que piensan.
Es insolente llamar a las cosas por su nombre,
los viciosos análisis, las síntesis lascivas,
la persecución salvaje y perversa de un hecho desnudo,
el manoseo obsceno de delicados temas,
los roces al expresar opiniones; música celestial en sus oídos.

A plena luz del día o al amparo de la noche
unen en parejas, triángulos y círculos.
Aquí cualquiera puede ser el sexo y la edad de los que juegan.
Les brillan los ojos, les arden las mejillas.
El amigo corrompe al amigo.
Degeneradas hijas pervierten a su padre.
Un hermano chulea a su hermana menor.

Otros son los frutos que desean
del prohibido árbol del conocimiento,
y no las rosadas nalgas de las revistas ilustradas,
pornografía esa tan ingenua en el fondo.
Les divierten libros que no están ilustrados.
Sólo son más amenos por frases especiales
marcadas con la uña o con un lápiz.

De una expedición no realizada a los Himalayas

Estos son los Himalayas
Montañas de un correr hacia la luna
momento del arranque eternizado
Sobre el cielo abierto
la llanura de las nubes rota,

de un golpe a la nada.
El eco: un sordomudo blanco
el silencio.
Yeti, abajo hay un miércoles,
un abecedario, un pan
y dos más dos son cuatro
y se derrite la nieve
Hay una manzana roja
partida en cuatro.
No sólo crímenes
podría haber entre nosotros,
Yeti, no todas las palabras
condenan a la muerte
Heredamos la esperanza
y el perdón
Mira cómo damos a luz
niños entre las ruinas.
Yeti, tenemos a Shakespeare
Yeti, tocamos el violín
Yeti, cuando anochece
encendemos la luz.
Aquí ni la tierra, ni la luna
y las lágrimas se congelan
o Yeti, puede ser el conejo de la luna
“Señor de la Luna”
piénsalo y regresa.
Entre las cuatro paredes de avalanchas
Estoy llamando al Yeti,
Zapateando para calentarme
sobre la nieve
eterna.

Prospecto

Soy un tranquilizante.
Funciono en casa,
Soy eficaz en la oficina,
me siento en los exámenes,
Comparezco ante los tribunales,
pego cuidadosamente las tazas rotas:
sólo tienes que tomarme,
i disolverme bajo la lengua,
tragarme,
sólo tienes que beber un poco de agua.

Sé qué hacer con la desgracia,
cómo sobrellevar una mala noticia,
disminuir la injusticia,

iluminar la ausencia de Dios,
escoger un sombrero de luto que quede bien con una cara.
A qué esperas,
confía en la piedad química.

Eres todavía un hombre (una mujer) joven,
deberías sentar la cabeza de algún modo.
¿Quién ha dicho
que la vida hay que vivirla arriesgadamente?

Entrégame tu abismo,
lo cubriré de sueño,
me estarás agradecido (agradecida)
por haber caído de pies.

Véndeme tu alma.
No habrá más comprador.

Ya no hay otro demonio.

Los dos monos de Bruegel

Así es mi gran sueño del examen de reválida:
dos monos atados con cadenas, sentados en la ventana,
el cielo revolotea tras los cristales
y el mar se baña.

Me examino de historia de la gente.
Tartamudeo y me atasco.

Un mono clava en mí su mirada y aguza irónico el oído,
el otro finge dormitar,
y, en el silencio que sigue a la pregunta,
me sopla la respuesta
con un débil tintineo de cadenas.

Elogio de la mala conciencia de uno mismo

«El ratonero no tiene nada que reprocharse.
Los escrúpulos le son ajenos a la pantera negra.
No dudan de lo apropiado de sus actos las pirañas.
El crótalo se acepta sin complejos a sí mismo.
No existe un chacal autocrítico.
El tábano, la langosta, la tenia y el caimán

viven como viven y así están satisfechos.
 De cien kilos es el corazón de la orca,
 pero no le pesa.
 Nada más animal
 que una conciencia limpia
 en el tercer planeta del Sol».

En el parque

«¡Oh! —se sorprende el niño—
 ¿quién es esa señora?
 —Es la estatua de la Misericordia,
 o algo así —
 contesta la madre.
 —Y por qué esa señora
 está tan go...o...o...golpeada?
 —No sé, que yo recuerde
 siempre ha estado así.
 El ayuntamiento tendría que hacer algo de una vez
 o sacarla de aquí o restaurarla.
 Venga, venga, vámonos».

Número equivocado

Sonaba el teléfono en la galería de pintura,
 sonaba en la sala vacía a media noche;
 si alguien durmiera aquí, sin duda se despertaría,
 pero aquí hay sólo profetas insomnes,
 sólo algunos reyes palidecen por la luna
 y, conteniendo el aliento, miran todo con indiferencia.
 Y la esposa del usurero en aparente movimiento
 precisamente hacia ese sonoro objeto en la chimenea,
 pero, no deja su abanico,
 como los demás se aferra a su inactividad.
 Altivamente ausentes, con mantos o desnudos,
 desechan inadvertidamente la alarma nocturna,
 en la que hay más sentido del humor, lo juro,
 que si del marco saltara el mismísimo mariscal de la corte
 (al que, por otra parte, sólo el silencio le suena en los oídos).
 ¿Y eso de que alguien allá en la ciudad desde hace un rato
 tenga ingenuamente el auricular puesto en la sien
 después de haber marcado el número incorrecto? Vive, luego se equivoca.

Bajo una estrella

Perdona, azar, que te llame necesidad.
Perdón, necesidad, si al tenerte me equivoco.
Perdonen, difuntos, que apenas los recuerde.
Perdón, tiempo, por todo lo que se me escapa en un segundo.
Perdóname, viejo amor, que el nuevo me parezca el primero.
Perdónenme, guerras lejanas, por traer flores a casa.
Perdonen, heridas abiertas, que acabe de pincharme
el dedo.
Perdónenme los que claman desde el abismo por
escuchar ese disco de minueto.
Perdónenme, los que corren en las estaciones, por quedarme
dormida al amanecer.
Perdón, esperanza azuzada, porque a veces estalle
de risa.
Disculpen, desiertos, por no ofrecerles ni una gota
de agua.
Y tú, halcón, idéntico desde siempre, enjaulado,
que miras fijamente el mismo punto,
perdóname, aunque seas un pájaro embalsamado.
Discúlpame, árbol cortado, por las cuatro patas
de la mesa.
Perdón, grandes preguntas, por darles respuestas
fútiles.
Verdad, no me hagas demasiado caso.
Trascendencia, muéstrate generosa.
Soporta tú, misterio del ser, que no haga más que
deshilvanar tu solemne velo.
No me condenes, alma, por tenerte tan rara vez.
Todo, perdóname si no estoy en todas partes.
Me disculpo frente a todo por mi incapacidad de ser
cada uno o cada una.
Sé que mientras vivo, nada me justifica,
pues yo mismo soy mi propio obstáculo.
Lenguaje, no me tomes a mal por servirme de tus
patéticas palabras
y luego empeñarme en que parezcan ligeras.

Utopía

Una isla donde todo se aclara.
Ahí se pisa la tierra firme
de las pruebas.
Hay un solo camino, el de la llegada.
Los arbustos encorvados se pliegan bajo el peso
de las respuestas.

Ahí crece el árbol de la Hipótesis Adecuada
con las ramas desenredadas desde siempre.
El árbol de la Comprensión, deslumbrante, recto,
junto al manantial que susurra: “Es así.”
Más se interna en el bosque, más se abre
el Valle de la Obviedad.
Si surge una duda, la desvanece el viento.
El eco, sin que nadie se lo pida, toma la palabra
con ganas,
y aclara los misterios del mundo.
A la derecha, una cueva donde hay sentido.
A la izquierda, el Lago de la Profunda Convicción.
La verdad se desprende del fondo y ya flota en la
superficie.
La Seguridad Intocable domina el Valle.
Desde su cumbre se contempla la esencia de las cosas.

A pesar de tantos atractivos la isla está despoblada,
y las pequeñas huellas de los pies, reconocibles
en la orilla,
se dirigen todas, sin excepción, al mar.
Como si sólo se hubieran ido desde allí
para volver a sumergirse, sin remedio,
en una vida inconcebible.

Miedo escénico

Poetas y escritores.
Porque así es como se dice.
Los poetas entonces no son escritores, sino qué.

Al poeta la poesía, al escritor la prosa.

En la prosa puede haber de todo, hasta poesía,
en la poesía tiene que haber sólo poesía.

Según el cartel que la anuncia
con una enorme P de trazos modernistas,
inscrita en las cuerdas de una lira alada,
tendría yo que volar y no entrar caminando.

¿Y no sería mejor descalza
que con estos zapatos de oferta,
sustituyendo torpemente a un ángel
entre taconeos y rechinados?

Si al menos fuera más larga mi falda, con más vuelo,
y si no sacara yo los poemas del bolso sino de la manga,

fiesta, desfile, gran ocasión,
pim pam pum,
ab ab ba.

Allá en el escenario acecha una mesita
un tanto espiritista y de patas doradas,
y sobre la mesita humea un candelabro.

De eso se desprende
que tendré que leer a la luz de las velas
lo que escribí a la luz de una simple bombilla
tac tac tac a máquina.

Sin preocuparme de antemano
si esto es poesía
y qué poesía,

si de esa en la que la prosa está mal vista,
si de esa que es bien vista en prosa.

Pero cuál es la diferencia,
si sólo se aprecia en la penumbra
sobre un fondo de cortinas rojas
con flecos morados.



Una entrevista a Wislawa Szymborska



Por **Félix Romeo**

Wislawa Szymborska (Kornik, 1923) vive en un departamento en Cracovia y trabaja todos los días en sus poemas. Se le concedió el Premio Nobel, al que entre risas llama "la catástrofe", en 1996.

En España se acaba de distribuir una antología muy amplia de sus poemas, *Poesía no completa* (FCE), en traducción de Abel A. Murcia Soriano y Gerardo Beltrán, quienes también volcaron al castellano esta

conversación.

—¿Tiene alguna fórmula mágica para escribir?

—Sé lo que quiero escribir, pero no siempre me sale. Trabajo constantemente en los poemas. Hay algunos poemas que surgen de forma espontánea... (Es mi secreto: no voy a decir nunca cuáles salen con facilidad y cuáles salen con esfuerzo.) Pero no siempre salen de forma espontánea.

—¿Y cómo es la Szymborska que narra sus poemas?

—Creo que cada poema lo escriben dos personas. Hay una persona que es la que siente las cosas, la que las experimenta, la que piensa. Y otra persona, que está detrás de mí y dice: "¿No estarás exagerando?, ¿qué va a entender el lector de lo que estás escribiendo? y, además, ¿para qué le sirve?" Ese yo irónico está siempre, pero si desaparece escribiré muy malos poemas... ¡Y si desaparezo yo, también serán malos! (Risas)

—Utiliza un lenguaje muy especial.

—Mi lengua es una lengua viva. Utilizo frases hechas, lengua coloquial, juegos de palabras, que no necesariamente funcionan en otras lenguas... La suerte de los poetas en el exterior depende de los traductores.

—¿Hablamos de los temas de su poesía?

—Todos mis poemas nacen del amor. Diría incluso que todos los poemas nacen del amor; incluso aquéllos que transmiten el mal tienen en el fondo una forma de amor hacia el mundo. Estoy totalmente convencida... Y si no es así, lo siento por esos poetas.

—¿Y el odio?

—Tengo un poema sobre el odio, que es verdaderamente un sentimiento del siglo XX, el más fuerte, el que encuentra más seguidores. Y eso es algo horrible. Quizá en algún momento fue necesario pero ahora el odio es un sentimiento horrible. Aunque parece más fácil que un loco propague sus ideas

con los nuevos medios. Antes, alguien llegaba y se subía a un cajón en una plaza y se ponía a hablar con un megáfono... Todo era más pequeño.

—En sus poemas aparecen muchos animales.

—No imagino la poesía sin los seres que nos acompañan en la vida: los animales, las plantas... e incluso las piedras. Mi animal preferido es el mono. Me encantó un libro de Jane Goodall, A través de la ventana: treinta años estudiando a los chimpancés, en el que cuenta su investigación en Tanzania con los primates y con los chimpancés. No los estudió como un grupo, sino como individuos. Estuvo años siguiéndolos de uno en uno, investigando cada animal en concreto y descubrió que uno era individualista, otra era una mala madre, otra era muy cariñosa, otro era muy travieso... Se trataba de una forma de estudiar a los animales desde una perspectiva totalmente diferente. No me imagino otro enfoque distinto al del análisis individual. Todos somos un poco diferentes. El hombre se somete a diversas ideas de grupo y no siempre es bueno.

—También aparecen muchos sueños en sus poemas.

—Escribo de la realidad y los sueños son una parte de la realidad.

—Además de escribir poemas, está haciendo collages.

—Son un juego. Hoy veo muy clara la diferencia entre la forma de hacer literatura y la forma de hacer arte. La escritura requiere soledad, aislamiento, trabajo y cansancio. He visto pintores trabajando mientras hablaban, riéndose, rodeados de gente, y eso es imposible para un escritor. Necesito tiempo y que nadie me moleste. Mis collages son un juego, para que la gente los disfrute. Son mi forma de descansar. Me canso mucho escribiendo.

—Pero sigue escribiendo sin parar.

—Aún estoy viva, para extrañeza de algunos y también para la mía. Y soy escéptica ante la poesía, incluso ante la mía.

—Por eso utiliza tanto el humor.

—Mi poesía, como la vida, es una moneda: tiene una parte trágica y una parte cómica.

—Y una parte cósmica.

—Recuerdo una anécdota de Filipovich, un fabuloso escritor que supera la prueba del tiempo: cuando el hombre llegó a la Luna, mucha gente en Cracovia estaba asombrada. Filipovich estaba pescando y trataba de ver el acontecimiento con prismáticos. (Risas). Una vez, caminando por los alrededores de Cracovia con Filipovich, nos paramos a identificar estrellas, y cuando nos dimos vuelta, había un enorme grupo de gente a nuestro alrededor; tanta, que al día siguiente la prensa publicó que se había producido el avistamiento de un ovni. Una información que nunca fue desmentida.

Espero que eso hiciera feliz a alguien. Escribí un poema en el que decía que no hay que mandar bromistas al Cosmos.

—Le fascina el espacio, pero realmente se ha movido muy poco.

—No sé si es por mi signo zodiacal —cáncer—, pero no me gusta viajar. Nací un día después (y muchos años después) que Proust, que escribió doscientas páginas para decir cómo se preparaba para ir a la playa. No me gusta viajar, pero me gusta volver.

—¿Es cierto que estudió español?

—Hace mucho tiempo iba a unas clases de español. No me acuerdo de nada, pero la estructura de la lengua todavía la controlo. Leíamos fragmentos de El Quijote. Nos daba clase un profesor que no sé si se esmeraba mucho, porque se preparaba la clase el día anterior, pero tenía unos discos maravillosos con música española: canciones populares estupendas. Soy admiradora del Goya luminoso, el de los retratos, el de los tapices, el de las escenas costumbristas y el de las majas. Y he corregido a Velázquez en uno de mis collages: he sacado a una de las meninas al aire libre.

—Hablabas antes del amor. ¿Le puedo preguntar algo de los suyos?

—Le contaré algunas historias de mi infancia. A los doce años me enamoré perdidamente del novio de mi hermana, que no me hacía ningún caso. Un día me vendé la cabeza y él dijo: "¿Qué le ha pasado a eso?" Años más tarde lo volví a ver y me pregunté cómo podía haberme enamorado. No era nada interesante. También había otro chico. Me seguía. Era tan tímido que no me dirigía la palabra. Me escribía cartas. En una de ellas, donde me arreglaba toda la vida —"por ti surcaré los mares, subiré a la cumbre más alta..."—, decía al final: "Estaré mañana bajo tu ventana si no llueve". (Risas)

—Leer también es una forma de acabar con las formas puras.

—Leo todo el tiempo. Muchos libros de divulgación científica y de antropología, de zoología. Leo a Brodsky, con el que tenía mucha afinidad. Pero como no quiero olvidarme de nadie sólo voy a decir que leo a Rilke. Con él comenzó mi fascinación por la poesía.

Discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, 1996



Se dice que en un discurso lo más difícil es siempre la primera frase... Pues ya la dije... Pero presiento que las que siguen van a ser igualmente difíciles, la tercera, la sexta, la décima, hasta la última, ya que debo hablar sobre poesía. Muy raras veces me he expresado acerca de este tema, casi nunca, y siempre con la convicción de que no lo hago muy bien. Por eso mi discurso no va a ser demasiado largo. Toda imperfección resulta más fácil de aguantar si se sirve en pequeñas dosis.

El poeta contemporáneo es escéptico y desconfía incluso -o más bien principalmente- de sí mismo. Con desgano confiesa públicamente que es poeta -como si se tratara de algo vergonzoso. En estos tiempos bulliciosos es más fácil que admitamos los vicios propios, con tal de causar efectos fuertes; mucho más difícil es reconocer las virtudes, ya que están escondidas más

profundamente, y hasta uno mismo no cree tanto en ellas. En las encuestas o en los encuentros con amigos ocasionales, cuando el poeta se ve forzado a definir su profesión, acude al término genérico ``escritor'' o al de alguna otra profesión que adicionalmente ejerza. El empleado público o los eventuales compañeros de viaje reciben con cierta perplejidad e inquietud la noticia de que están tratando con un poeta. Sospecho que los filósofos también producen semejante inquietud. No obstante, ellos se encuentran en mejor situación, ya que generalmente pueden adornar su profesión con algún grado académico. Profesor de Filosofía -ya suena mucho más serio.

No existen profesores de poesía, lo que haría suponer que esta actividad requiere de estudios especializados, exámenes presentados en fechas precisas, disertaciones teóricas rematadas con bibliografía y notas y, finalmente, los diplomas recibidos con solemnidad. Todo esto, a su vez, significaría que para graduarse de poeta no bastarían las hojas de papel, aun cuando estuvieran llenas de excelentes versos, sino que se necesitaría, sobre todo, un papel con sello y firma. Recordemos que justamente ésta fue la razón por la que condenaron al destierro a Josef Brodsky, orgullo de la poesía rusa, quien más tarde fue galardonado con el Premio Nobel. A Brodsky se le clasificó como ``parásito'', por no contar con un certificado oficial que le permitiera ser poeta... Hace un par de años tuve el honor y la alegría de conocerlo en persona. Me di cuenta de que solamente a él, entre todos los poetas que he conocido, le gustaba llamarse a sí mismo ``poeta''; pronunciaba esta palabra sin conflictos internos y hasta con cierta desafiante desenvoltura. Pienso que se debía al recuerdo de las violentas humillaciones que sufrió en su juventud.

En países más dichosos, donde la dignidad humana no es transgredida tan fácilmente, los poetas, obviamente, quieren ser publicados, leídos y entendidos, pero ya no hacen nada o casi nada en su vida cotidiana para destacar entre la gente. Sin embargo, hace poco, en las primeras décadas de nuestro siglo, a los poetas les gustaba escandalizar con su ropa extravagante y con un comportamiento excéntrico. Aquellos no eran más que espectáculos para el público, ya que siempre tenía que llegar el momento en que el poeta cerraba la puerta, se quitaba toda esa parafernalia: capas y oropeles, y se detenía en el silencio, en espera de sí mismo frente a una hoja de papel en blanco, que en el fondo es lo único que importa.

Hay algo que resulta muy característico. Continuamente se filman películas biográficas sobre grandes científicos y artistas. La tarea de los directores más ambiciosos es mostrar en forma verosímil el proceso creativo que condujo a importantes descubrimientos científicos o a la creación de grandes obras de arte. Se puede, con aceptables resultados, mostrar el trabajo de algunos científicos: laboratorios, instrumentos diversos y aparatos puestos en marcha logran por unos momentos mantener la atención de los espectadores. Además, resultan muy dramáticas las escenas de suspenso, cuando un experimento repetido miles de veces logró dar finalmente, merced a una mínima modificación, con el resultado tan esperado. Espectaculares pueden ser las películas sobre pintores, ya que es posible reconstruir todas las fases de creación de un cuadro -desde la primera raya hasta la última pincelada. Las películas sobre los compositores se llenan con su música: desde los primeros compases, que el creador escucha en su interior, hasta la obra madura ya terminada y repartida entre varios instrumentos. Todo sigue siendo muy ingenuo y no dice nada sobre el extraño estado de ánimo que se conoce comúnmente como inspiración, pero por lo menos hay algo para ver y oír.

El peor de los casos es el de los poetas. Su trabajo resulta irremediamente poco fotogénico. Uno permanece sentado a la mesa o acostado en un sofá, con la vista inmóvil, fija en un punto de la pared o en el techo; de vez en cuando escribe siete versos, de los cuales, después que transcurre un cuarto de hora, va a quitar uno y de nuevo pasa una hora en la que no ocurrirá nada_ ¿Qué clase de espectador podría soportar una cosa semejante?

He mencionado la inspiración. A la pregunta de qué cosa es, suponiendo que algo sea, los poetas contemporáneos responden de modo evasivo. Y no porque nunca hayan sentido los beneficios de este impulso interior, más bien se debe a otra causa: no es fácil explicar a los demás algo que ni siquiera se comprende bien.

Yo misma he evadido el asunto cuando me lo han preguntado. Y contesto lo siguiente: la inspiración no es privilegio exclusivo de los poetas ni de los artistas en general. Hay, hubo, habrá siempre un número de personas en quienes de vez en cuando se despierta la inspiración. A este grupo pertenecen los que escogen su trabajo y lo cumplen con amor e imaginación. Hay médicos así, hay maestros, hay también jardineros y centenares de oficios más. Su trabajo puede ser una aventura sin fin, a condición de que sepan encontrar en él nuevos desafíos cada vez. Sin importar los esfuerzos y fracasos, su inquietud no desfallece. De cada problema resuelto surge un enjambre de nuevas preguntas. La inspiración,

cualquier cosa que sea, nace de un perpetuo ``no lo sé".

La gente así es bastante escasa. La mayoría de los habitantes de esta tierra trabaja porque necesita conseguir los medios de subsistencia, trabaja porque no le queda de otra. No fueron ellos quienes por pasión escogieron su trabajo, son las circunstancias de la vida las que escogen por ellos. El trabajo mal querido, el trabajo que aburre, es respetado únicamente porque no resulta accesible para todos, y está situación constituye una de las más penosas desgracias humanas. No se vislumbra que los siglos venideros traigan un cambio feliz al respecto.

Así pues, tengo derecho a decir que aunque le estoy escamoteando a los poetas el monopolio de la inspiración, de cualquier manera los coloco en un grupo reducido de elegidos por la suerte.

En este punto pueden surgir ciertas dudas en los oyentes, si consideran que a los diversos verdugos, dictadores, fanáticos, demagogos que luchan por el poder con ayuda de un par de consignas gritadas en tono muy alto, también les gusta su trabajo y también lo llevan a cabo celosamente. Ciertamente, pero ellos sí ``saben". Saben, y lo que saben una sola vez les basta para siempre. Ya no tienen curiosidad por saber más, puesto que podría debilitarse su fuerza de argumentación. De modo que cualquier tipo de saber del que no surgen preguntas muy pronto fenece, pierde la temperatura propicia para la vida. En casos extremos, como es bien conocido en la historia antigua y contemporánea, puede resultar mortalmente amenazador para las sociedades.

Por lo anterior, estimo altamente estas dos pequeñas palabras: ``no sé". Pequeñas, pero dotadas de alas para el vuelo. Nos agrandan la vida hasta una dimensión que no cabe en nosotros mismos y hasta el tamaño en el que está suspendida nuestra Tierra diminuta. Si Isaac Newton no se hubiera dicho ``no sé", las manzanas en su jardín podrían seguir cayendo como granizo, y él, en el mejor de los casos, solamente se inclinaría para recogerlas y comérselas. Si mi compatriota María Sklodowska-Curie no se hubiera dicho ``no sé", probablemente se habría quedado como maestra de química en un colegio para señoritas de buena familia y en este trabajo, por otra parte muy decente, se le hubiera ido la vida. Pero siguió repitiéndose ``no sé" y justo estas palabras la trajeron dos veces a Estocolmo, donde se otorgan los premios Nobel a personas de espíritu inquieto y en búsqueda constante.

También el poeta, si es un verdadero poeta, tiene que repetirse perpetuamente ``no sé". Con cada verso intenta responder, pero en el momento en que pone el punto final, le asaltan las dudas y empieza a advertir que su respuesta es temporal y en ningún caso satisfactoria. Entonces prueba otra vez y otra vez, para que a las sucesivas muestras de su insatisfacción consigo mismo los historiadores de la literatura las sujeten con un clip enorme para denominarlas ``La Obra".

A veces fantaseo con situaciones inverosímiles. Me imagino, por ejemplo, en mi osadía, que tengo la oportunidad platicar con Eclesiastés, autor de un lamento estremecedor sobre la vanidad de todas las empresas humanas. Me habría inclinado muy hondamente ante él, ya que es -por lo menos para mí- uno de los poetas más importantes. Pero luego lo habría cogido de la mano: ``Nada hay

nuevo bajo el sol", has escrito, Eclesiastés. Sin embargo, Tú mismo has nacido nuevo bajo el sol. Y el poema que has creado también es nuevo bajo el sol, ya que antes de Ti nadie lo había escrito. Y nuevos bajo el sol son tus lectores, puesto que los que vivieron antes que Tú no te podían leer. Y el ciprés, en cuya sombra te sentaste, no crece aquí desde el principio del mundo. Le dio origen otro ciprés, semejante al tuyo, pero no en todo igual. Y además te quisiera preguntar, Eclesiastés, ¿qué desearías escribir, ahora, de nuevo bajo el sol? ¿Algo con qué completar tus ideas, o tal vez tienes la tentación de negar algunas de ellas? En tu poema anterior concebiste también la alegría, y ¿qué hay del hecho de que resulte ser tan pasajera? ¿Tal vez sobre ella va a tratar tu nuevo poema bajo el sol? ¿Tienes ya algunos apuntes o primeros esbozos? Pues no dirás ``ya he escrito todo, no tengo nada que añadir". Esto no lo puede decir ningún poeta, y mucho menos uno tan grande como Tú.

El mundo, a pesar de cualquier cosa que podamos pensar sobre él, espantados por su inmensidad y nuestra impotencia ante él, amargados por su indiferencia frente a los sufrimientos particulares de la gente, de los animales y tal vez de las plantas -ya que ¿de dónde proviene la certeza de que las plantas están libres de sufrimientos?--; a pesar de cualquier cosa que pensemos sobre sus espacios atravesados por la radiación de las estrellas, alrededor de las cuales se empieza a descubrir algunos planetas -¿ya muertos?, ¿todavía muertos?, no se sabe-; a pesar de cualquier cosa que pensáramos sobre este teatro inmenso, para el cual tenemos un billete de entrada pero su vigencia es ridículamente corta, limitada por dos fechas decisivas; a pesar de no sé qué cosa más que pudiéramos pensar sobre este mundo: es asombroso.

Pero en la expresión ``asombroso" se esconde una trampa lógica. Nos causa asombro lo que sobresale de la norma conocida y comúnmente aceptada, de una obviedad a la cual estamos acostumbrados. Pues bien, un mundo así, obvio, no existe. Nuestro asombro es autónomo y no procede de ninguna comparación de ningún tipo.

De acuerdo, en el habla cotidiana, la cual no recapacita sobre cada palabra, usamos expresiones como ``la vida común", ``los acontecimientos comunes"... Sin embargo, en la lengua de la poesía, donde se pesa cada palabra, ya nada es común. Ninguna piedra y ninguna nube sobre esa piedra. Ningún día y ninguna noche que le suceda. Y sobre todo, ninguna existencia particular en este mundo.

Todo indica que los poetas tendrán siempre mucho trabajo.

Poesía no completa, de Wislawa Szymborska



por Tedi López Mills

En su “Carta semi-íntima acerca de la poesía”, Czeslaw Milosz escribió: “si la descripción de una brizna de pasto se ha vuelto problemática, ¿acaso hay aún lugar para un panorama que incluya gente, animales, albas y ocasos?” Extrañamente, Milosz nos advierte que su terminología es metafórica, aunque no aclara a qué parte le corresponde la metáfora: ¿a la brizna de pasto o a la gente? En todo caso, a su pregunta se le podría responder de modo afirmativo con la obra de Wislawa Szymborska (Polonia, 1923). En cada uno de sus poemas, sin excepción, se vislumbra el panorama, desde el fragmento más pequeño hasta ese “vasto mundo” que, de nuevo según Milosz, ya no toman en cuenta las llamadas vanguardias poéticas, llenas de visiones intelectuales pero carentes de “corazón y de hígado”.

Es costumbre de alta estética o ética que los poetas, algunos poetas, regañen a la poesía, como si esta existiera al margen de sus practicantes o como si hubiera una regla de oro y una sola manera de escribir que, por lo general, coincide curiosamente con el tipo de poesía que hace quien lanza el regaño. El estricto Milosz, en su antología *Postwar Polish Poetry*, plantea incluso una división geográfica para el buen desempeño poético y declara que, debido a las constantes invasiones que ha sufrido Polonia, “el poeta polaco emerge quizá con mas energía, mejor preparado que su colega occidental para asumir las tareas que le asigna la condición humana”. Pero aun en este contexto ideal Milosz matiza. En la breve nota a la selección que ofrece de Szymborska nos explica que en la edición previa de su antología (de 1965) sólo había elegido un poema de la autora, pues consideró que “jugaba con ideas tomadas de la antropología y la filosofía”. Posteriormente recapacitó (en 1970), seducido por “su poesía amarga, escéptica e ingeniosa”, por la honestidad a la hora de expresar su desesperanza. Acabó incluyendo ocho poemas.

El juicio severo, esencialista o ideológico suele colocarse por encima de los meros poemas, esos accidentes aristotélicos que difícilmente dan en el blanco, pues no alcanzan a trascender su naturaleza: un puñado de palabras con múltiples sentidos. Y ni una sola sirve para atrapar la esencia ni para asimilar la lección. El asunto, o el error, supongo, estriba en proponérselo. Szymborska no da la impresión de hacerlo. Lo suyo es, valga la paradoja, extraordinariamente circunstancial. Sus poemas siempre tratan de algo y, círculo perfecto, uno siempre sabe de qué tratan, lo cual no deja de ser desconcertante. La lectura y el entendimiento son simultáneos, se asemejan a una misma experiencia de entrega inmediata que excluye las tortuosas interpretaciones y no crea aquella franja hechicera de silencio entre la página leída y la mente cavilosa. ¿Cómo se logra algo así? ¿Cómo se consigue, además, que la claridad posea el misterio de una revelación? ¿Será literatura o será el puro peso de la realidad? Habría que

admitir, para empezar, que aquí la diferencia es tenue y depende del orden de los factores: es en la realidad donde se inscribe esta literatura y donde luego se escriben, casi orgánicamente, por generación espontánea, estos poemas. El disparador no obedece a ninguna teoría, a ninguna definición restrictiva de la poesía, sino a una especie de urgencia moral y política. Pero esa, señalaría Perogrullo, existe en donde sea; a pesar de lo que afirma Milosz, no puede ser exclusividad de la poesía polaca. Por lo tanto, es una elección que ha acabado ya por convertirse en un rasgo distintivo y en una tradición, al menos en Milosz, en Zbigniew Herbert y, sobre todo, en Szymborska, donde la Historia, con mayúscula, está incorporada como un instinto y construye la teatralidad misma de los poemas, el escenario en el que se cuentan las historias derivadas y más simples. Sin nunca perder de vista el panorama.

El camino es directo. Szymborska no pretende pronunciar verdades; por lo tanto, nunca miente. Ella misma puso por delante esta modestia, o estrategia, en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura en 1996. Luego de aclarar que había escrito muy poco acerca de la poesía, confesó que su única idea fija es que no sabe nada. De ahí brota la inspiración. “Los poetas, si son genuinos, deben seguir repitiendo ‘yo no sé’.” Sin embargo, aun esta ignorancia posee su propia tiranía, su disfraz y su caricatura, pues qué sucede si uno, por momentos, sí sabe. Peor aún, la consecuencia de ser genuino cae como lápida. Yo no diría de Szymborska: he ahí una poeta genuina porque no sabe. A estas alturas hay tantos poetas genuinos que posiblemente, con suerte, la cantidad anule las virtudes intrínsecas de esa cualidad hasta conseguir que de veras ya no importe. Y queden los poemas y quizás a veces las intenciones.

En Szymborska uno lee tramas que son destinos. Como si a cada anécdota la precediera una hipótesis y el poema fuera su demostración. El efecto es contrario a la perplejidad. Hay cuentos diminutos y hay parábolas; en casi todos los poemas existe un desenlace: textos tan *escritos* como una narración. Por algo es tan certero aquel poema “Miedo escénico”, en el que Szymborska se burla de la denominación “poetas y escritores./ Porque así es como se dice./ Los poetas entonces no son escritores, sino qué”. La solución se halla en la ironía misma, lo cual ocurre una y otra vez en la obra de Szymborska. En “Los dos monos de Brueghel”, a la pregunta por la “historia de la gente”, uno de los monos encadenados a una ventana “sopla la respuesta/ con un discreto sonido de cadenas”; en “Noticias del hospital”, junto a la cama del enfermo, alguien se interroga “¿quién se le muere a quién?”, luego contempla tres lilas en un vaso y baja corriendo por las escaleras del hospital; en “Elogio de mi hermana”, la poeta cuenta “mi hermana no escribe versos/[...] En muchas familias nadie escribe versos”, pero su hermana cultiva “una buena prosa hablada” y le manda postales de sus viajes donde le dice “que cuando vuelva,/ me contará todo,/ todo,/ todo”; en “El ocaso del siglo”, luego de lamentar que el XX no fue mejor que los otros concluye: “Cómo vivir, me preguntó en una carta alguien/ a quien yo tenía la intención de preguntarle/ lo mismo/[...] no hay preguntas más urgentes/ que las preguntas ingenuas”; en “Puede ser sin título”, empieza “Ocurre que estoy sentada bajo un árbol”, admite que tal acontecimiento nimio no pasará a la historia, pero sigue ahí, bajo el árbol, “el instante más fugaz también tiene su pasado”, vuela una mariposa blanca junto a su cabeza: “ante una visión así, siempre me abandona la certeza/ de que lo importante/ es más importante que lo insignificante”. A fin de cuentas suceden tantas cosas, dice

Szyborska en “La realidad exige”, que seguro tienen que suceder en todas partes.

Retomo el principio potencial de la ignorancia, el “yo no sé” que adquiere toda su fuerza por predicarse en primera persona, pero que al transmitirse, comunicarse, termina siendo aquello que todos sabemos. La conciencia no tolera el vacío, salvo si se postula como una pregunta que es una respuesta. Yo soy tú, dice Szyborska, ¿y tú quién eres? Yo, en un mundo perfecto, respondería *yo*; en el imperfecto me bastaría con el solaz de tú. En esa cuerda floja andan estos poemas y las ocasiones rarísimas en que caen lo hacen del lado de la astucia, por pasarse de listos: siempre se nota cuando un poeta ya aprendió a hacer poemas. Y esto a veces le ocurre hasta a Szyborska. Minutos apenas y luego vuelve a desaprender, escribiendo hacia fuera, nunca hacia dentro. Sus poemas no hablan consigo mismos, no son alegorías de la intimidad; no susurran, no se ocultan, no postergan el sentido por etapas, en circunloquios. Pura y sencillamente, están escritos para leerse: pues si no qué.

En *Poesía no completa* se hallan las porciones asombrosas del todo. Uno quisiera, claro, escuchar su música no celestial, pero por lo menos sí original. Según los admirables traductores de este libro que reúne lo principal de los siete libros de Szyborska, Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia, se ha perdido algo de su esplendor sonoro en el traslado. Sin duda lo que se pierde siempre, pero repone hasta cierto punto la nostalgia que suele acompañar a la lectura de una traducción. En esta instancia, uno se queda con la certidumbre de que los poemas en español embonan impecablemente. De que uno de veras leyó a fondo a Wislawa Szyborska. Y eso sin saber.



Wisława Szymborska / biografía

Polonia, 1923



Escritora y premio Nobel polaca, considerada una de las voces más originales de la poesía contemporánea de su país. Nació en 1923 en un pueblo de la provincia de Poznan, pero se trasladó, junto con su familia, en 1931, a Cracovia, lugar al que siempre ha estado ligada. Su primer libro publicado fue *Busco la palabra* (1945), pero no empezó a conseguir reconocimiento literario hasta la aparición, en 1952, de su poemario *Por eso vivimos*, que fue seguido de *Preguntas planteadas a una misma* (1954), ambos en la línea historicista propia del realismo socialista imperante en ese momento, fruto de su admiración por el poeta ruso

Vladimir Maiakovski y del rechazo a los horrores de la ocupación nazi en Polonia.

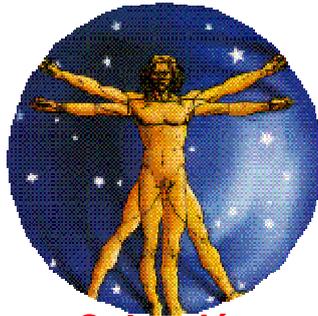
A partir de 1956, se desarrolla en Polonia, como en otros países del área soviética, un sentimiento nacionalista en el que participan activamente muchos intelectuales que buscan una vía para condenar y superar todo lo que fue el periodo stalinista. Szymborska opta por una reflexión personal e intimista que le devuelva un equilibrio espiritual. En esta línea escribe *Llamada a Yeti* (1957) que es un ajuste de cuentas con su propio dogmatismo anterior. La crítica vio en el *Yeti* a Stalin. Le siguen *Sal* (1962), en la que se plantea la vida humana como parte de todo un proceso universal, escrita con un fino humor y sobriedad; y después, *Cien consuelos* (1967), *Gran número* (1976), *Gente en el puente* (1986) y *Fin y principio* (1993), en los que ya aparece perfilado su estilo intimista, irónico, paisajístico y existencialista.

La obra de Wisława Szymborska está considerada como una lírica impregnada de duda metódica con claras intenciones éticas, al estilo del poeta español Antonio Machado; da la casualidad que también como él, se sirve de versos cortos, estrofas clásicas y léxico común, y con estos elementos consigue unos poemas de gran hondura y fuerza. Por el conjunto de su obra, que no es muy numerosa, recibió en 1996, el Premio Nobel de Literatura.



Muestrario de Poesía

1. La eternidad y un día y otros poemas / Roberto Sosa
2. El verbo nos ampare y otros poemas / Hugo Lindo
3. Canto de guerra de las cosas y otros poemas / Joaquín Pasos
4. Habitante del milagro y otros poemas / Eduardo Carranza
5. Propiedad del recuerdo y otros poemas / Franklin Mises Burgos
6. Poesía vertical (selección) / Roberto Juarroz
7. Para vivir mañana y otros poemas / Washington Delgado.
8. Haikus / Matsuo Basho
9. La última tarde en esta tierra y otros poemas / Mahmud Darwish
10. Elegía sin nombre y otros poemas / Emilio Ballagas
11. Carta del exiliado y otros poemas / Ezra Pound
12. Unidos por las manos y otros poemas / Carlos Drummond de Andrade
13. Oda a nadie y otros poemas / Hans Magnus Enzensberger
14. Entender el rugido del tigre / Aimé Césaire
15. Poesía árabe / Antología de 16 poetas árabes contemporáneos
16. Voy a nombrar las cosas y otros poemas / Eliseo Diego
17. Muero de sed ante la fuente y otros poemas / Tom Raworth
18. Estoy de pie en un sueño y otros poemas / Ana Istarú
19. Señal de identidad y otros poemas / Norberto James Rawlings
20. Puedo sentirla viniendo de lejos / Derek Walcott
21. Epístola a los poetas que vendrán / Manuel Scorza
22. Antología de Spoon River / Edgar Lee Masters
23. Beso para la Mujer de Lot y otros poemas / Carlos Martínez Rivas
24. Antología esencial / Joseph Brodsky
25. El hombre al margen y otros poemas / Heberto Padilla
26. Réquiem y otros poemas / Ana Ajmátova
27. La novia mecánica y otros poemas / Jerome Rothenberg
28. La lengua de las cosas y otros poemas / José Emilio Pacheco
29. La tierra baldía y otros poemas / T.S. Eliot
30. El adivinador de hojas y otros poemas / Odysseas Elytis
31. Las ventajas de aprender y otros poemas / Kenneth Rexroth
32. Nunca de ti, ciudad y otros poemas / Czesław Miłosz
33. El barco en llamas y otros poemas / Jaroslav Seifert
34. Uno escribe en el viento y otros poemas / Gonzalo Rojas
35. El animal que llora y otros poemas / Antonio Gamoneda
36. Los andamios del mundo y otros poemas / Ledo Ivo
37. Dominican Style y otros poemas / Alexis Gómez Rosa
38. Poesía francesa actual / Muestra de 40 autores
39. Número equivocado y otros poemas / Wislawa Szymborska



Colección

**Mostrario de
Poesía**

2009